

LOS PIBES FUSILADOS DE CARCOVA

MATÍAS ORTEGA

Ortega, Matías

Los pibes fusilados de Carcova.

Director: Daniel Badenes

Diseño y diagramación: Macu Gñazo

Fotografías: Leandro Teyseire

Encuadernación: Celestina Alessio

Tesis de licenciatura (Producción de crónica periodística)

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

2013.

Se autoriza la reproducción total o parcial de los contenidos por cualquier medio,
siempre que se cite expresamente la fuente.

A mi viejo y a Lala, que escribieron conmigo

Índice

Capítulo I - El día de los fusilamientos.....	09
Capítulo II - Los fuegos.....	19
Capítulo III - Los silencios	31
Capítulo IV - Las cicatrices.....	41
Capítulo V - Quemaikén.....	53
Capítulo VI - El oficio de la violencia.....	65
Epílogo - La historia maldita.....	79

La Cárcova es una villa en toda su expresión, cobijando la pobreza en un tremendo manto de entereza. No hay comida pero hay resistencia, aunque los mala leche enfoquen la delincuencia. No hay gas, pero hay humanidad, aunque los deformadores de cabeza enfoquen la maldad. Y no hay cloacas, pero hay un inmenso basural, donde el gobierno de la provincia huele muy mal. ¿Por qué nadie jamás vino a dar una mano en esta porción del Conurbano? ¿Por qué la planta contaminadora del CEAMSE debe funcionar como alacena de individuos obligados a comer de los residuos? Comer de los residuos. Comer de los residuos. Comer de los residuos. ¿Se leyó? Comer de los residuos. Tal vez pienses que lo repito. Pero no: vomito.

La Garganta Poderosa, Mayo 2013

Capítulo I

EL DÍA DE LOS FUSILAMIENTOS

El barrio amanece silencioso, con esa extraña calma que antecede las horas trágicas. Es el primer jueves de febrero en Villa La Cárcova –o simplemente Carcova, según la apropiación de sus habitantes-. El sol abrasa la basura en las orillas del río Reconquista; el esqueleto de un auto se oxida en el agua podrida. Sobre la joroba de tierra que bordea las vías, botellas vacías, cubiertas y chapas enmohecidas tapan el verde seco de los yuyos.

No hay viento que sople sobre la calle Central, esa arteria que comienza en la Plaza de los Trabajadores de Suárez y conduce al corazón de la villa, un territorio laberíntico en el que conviven más de 20 mil personas, donde sobra la basura pero falta el agua, el gas y las cloacas.

De los tejidos de los cables cuelgan pares de zapatillas deportivas, viejo código transa que se repite en cada cuadra. Un monolito de ladrillos contiene imágenes de santos paganos, velas consumidas y cigarrillos intactos en señal de ofrenda. Una cumbia santafecina sobrevuela el barrio. Los bajos se escuchan desde lo de Mauricio, “el Pela”.

Después de ponerse unas bermudas blancas con rayas de colores, el Pela –flaco, ojos color café y pelo corto oscuro- se calza unas zapatillas negras y rojas, las mismas que utiliza para ensayar en la murga, las mismas con las que desparrama gambetas jugando de nueve. Sobre la mesa sobrevive un mate que María Elena dejó antes de ir a trabajar. El Pela sale en cuero. La calle lo cruzará con Pepe: aún sin buscarlo, siempre se encuentra con su primo.

Enfrente, detrás del portón celeste y sentado en el piso, Franco –grandote y de pocas palabras- limpia nylon con movimientos rápidos. Tiene las manos llenas de detergente cuando Belquis le avisa que irá hasta el cajero del centro, que no tardará. Él le promete que estará allí cuando regrese, para ir juntos a la quema. Rara vez “el Gordo” dice una cosa y hace otra. Hoy será la excepción.

Cerca del puente que cruza el brazo del río, Joaquín –la cara marcada, los labios finos- observa en silencio a Karen; su panza todavía no muestra indicios del embarazo. Él espera dos cosas de su futuro hijo: que sea de Chacarita y que no tenga que cirujear ni cartonear para sobrevivir.

Las horas continúan apacibles en este lado del Conurbano, donde nadie llega por

error. Después del mediodía, algunos pibes arman un picado en la canchita del comedor Los Alegres Pichoncitos. Otros preparan sus bicis para el largo camino a la quema; un trayecto agotador que une al Pela, al Gordo y a Joaquín.

A la vera del llamado –casi burlescamente– Camino del Buen Ayre, se expande el enorme basural del CEAMSE. Un territorio tóxico donde llegan todos los días miles de personas del partido de San Martín para buscar comida o algo de valor: desde hamburguesas y salchichas al borde del vencimiento hasta el máspreciado cobre.

Después de las dos de la tarde, una formación del Nuevo Central Argentino encara por las vías que atraviesan la villa –casas precarias de un lado, un desarmadero de la Policía bonaerense del otro– y terminan en Zárate. Trae vagones de carga color amarillo y naranja, algunos con la sigla de MSC, *Mediterranean Shipping Company*.

Cuando la locomotora supera el puente, sucede lo inesperado. Un ruido ensordecedor, acompañado de un temblor, inunda la villa.

Nadie imagina que ese estremecimiento vendrá acompañado de otros peores.

Al principio, parece el sonido metálico de las máquinas del CEAMSE. Después la brusca frenada produce una tormenta de tierra que se levanta sobre las vías y, cuando el polvo permite la vista, alguien grita:

–¡Descarriló un tren!

El motorman mira el GPS: son las 14.26 y el mapa le indica que está, prácticamente, en el medio de la nada. Cualquier sistema de radar indicaría que esta es una “zona peligrosa”. Rápidamente, los vecinos se acercan a ver la situación. Los pibes dejan la pelota y salen con los carros y las bicis a cuestras. En minutos hay más de cien personas rodeando la formación. Algunos vagones quedan colgando del puente que cruza el brazo del río.

El gusano de hierro está detenido en el tiempo: es un tren de carga que lleva autopartes y alimentos varado en medio de una de las zonas más pobres de la provincia.

Al observar la multitud, el conductor desengancha la máquina y se retira del lugar, perdiéndose por las vías. De los 32 vagones, hay siete descarrilados. Algunos intentan abrirlos con barretas, palos o lo que la imaginación les conceda.

Las cerraduras de un vagón ceden, dejando a la vista autopartes de vehículos marca Volkswagen y Renault. Los más rápidos agarran lo que pueden y salen por la calle Aguado. En su mayoría, es material plástico de escaso valor. Una mujer de remera blanca y shorts negros carga un paragolpes entre sus brazos y apura el paso entre las calles de tierra.

Buscan abrir otros dos vagones. Uno lleva productos de Arcor y otro de Bagley. Hay vecinos que se acercan a mirar la situación. "Yo pienso que va a venir la policía", anticipa una mujer flaca con musculosa roja.

Media hora después, llegan al lugar tres móviles de la Bonaerense, pertenecientes a la Seccional Cuarta de San Martín, advertidos por un delegado de la empresa TBA.

Los uniformados se parapetan del otro lado de las vías férreas, en el lateral del depósito de vehículos secuestrados de José León Suárez. Están acompañados de personal de la empresa ferroviaria. Con su llegada, el clima se pone tenso y comienzan a disparar balas de goma. Como respuesta, llueven piedras, arrojadas con la mano y con gomeras. Hay niños y viejos entre los que conforman la escena.

Los policías labrarán más tarde un acta con descripciones temerarias. Allí hablarán que hay "grupos de personas con sus torsos desnudos, con sus rostros cubiertos y todo tipo de elementos de peligrosidad y otros -que no se pueden divisar- pero posiblemente podrían resultar armas del tipo casero". *Podrían.*

Tiempo después, aparecerá un video de un testigo anónimo donde se ve a un hombre de remera celeste y jean disparando un arma de fuego desde la calle lateral hasta donde está la formación, mientras otro de remera blanca recoge las vainas. Por esos disparos desde adentro de la villa, se señalará a `Andresito`, uno de los transas del barrio.

Según la versión policial, el escaso poder de fuego de la banda de `Andresito` amerita la llegada al barrio de refuerzos de las comisarías 2º, 8º y 9º de San Martín, y de la Policía Bonaerense 2 (PB2). Estos últimos arriban en motos de alta cilindrada.

Entretanto, el Comisario Víctor Uhalde, máximo responsable de la seccional de José León Suárez, se dirige a su dependencia junto a otros efectivos a buscar pistolas lanza gases. Cuando se suben a los patrulleros, la tensión ha disminuido, aunque el impacto de los piedrazos continúa repicando en el casco de hierro del tren.

A las 16 los quemeros inician el trayecto hacia el CEAMSE. El basural abre sus puertas

a las 17 y sólo tienen una hora para hurgar entre los desechos y encontrar su próxima cuota de supervivencia.

El camino hacia el “Complejo Ambiental Norte III” comienza al borde de las vías del ferrocarril Mitre. Antes de encarar por el sendero de toscas y barro seco, los que-
meros se detienen a mirar el tren descarrilado. Algunos sueñan encontrar allí algo que les permita “salvar el día”. Van en pequeños grupos. Y ninguno –no tienen por-
qué- dimensiona la peligrosidad de estar en el ojo de la tormenta.

El comisario Uhalde regresa de la Comisaría y los efectivos se reagrupan. Al ver la situación, los pibes se resguardan tras un montículo de chatarra ubicada a un metro del puente de chapa que da al barrio.

Ahora los uniformados ponen en práctica las “tácticas de combate” aprendidas en las academias: disparan con la pistola lanza gases y los pibes se ven obligados a correr, quedando al descubierto. Los testigos afirman que se produce “un quiebre” a partir del disparo de gases.

Es la señal de que comienza la cacería.

El Pela observa que detrás de los vagones un policía se acomoda y le apunta con una escopeta.

El sonido de los disparos de plomo lo aturde y siente, en un parpadeo, cómo una bala le penetra el cuerpo.

-¡Me dieron!-alcanza a gritar, mientras la sangre le brota del lado izquierdo del pecho.

Herido, conteniéndose el dolor, logra huir de la escena y recibir ayuda. Al borde del desmayo, lo llevan a su casa y lo acuestan en el patio. Segundos después, un vecino lo carga en su moto para llevarlo a la salita Dr. Luís Agote, en las cercanías del barrio.

Suda como una fiebre imparable.

Aún suenan los silbidos de las balas cuando encaran a toda velocidad por la calle Central.

*

Joaquín también nota que está en la mira.

Rápido, cruza el puente de chapa, mientras le rozan los perdigones de las balas perdidas.

Entonces se da vuelta y recibe un disparo al lado de la columna. Entre dientes, lanza un "laconchadetumadre", antes de meterse por una calle del barrio y comenzar a sentirse mal.

Logra caminar media cuadra pero el dolor lo paraliza. Ahora observa el agujero rojo que le perfora la panza de lado a lado. Como la vez que casi se quema vivo, siente el ardor de una hoguera en el cuerpo. Y pronto se le complica la respiración.

Apenas entiende cómo se cruza al Pepe, a Chacha y al Chino -quienes también habían logrado escapar de los disparos- y lo suben al primer auto que pasa para llevarlo a la salita.

*

El Gordo no tiene tiempo para reaccionar.

Aún no se había esfumado la nube de gases, cuando una ráfaga de plomo lo acribilla por la espalda. Su cuerpo se desploma al suelo. En vano, intenta un último rasguño en la tierra.

Lo cargan entre varios hasta la esquina de la calle Central y 2 de Abril. A regañadientes, un vecino lo traslada en auto hasta la salita.

Cuando su madre llega, el cuerpo del Gordo yace sin vida en una camilla ensangrentada.

El resonar de los disparos deja al barrio en un absoluto silencio, un estado de trance mudo. Más allá de los patrulleros, el horizonte es un enorme descampado de verde grisáceo.

Apenas se disipa el olor a pólvora, los vecinos vuelven a tomar las calles. Esa tarde nadie de Carcova va a la quema. Los familiares y amigos de los chicos fusilados salen en masa del barrio y toman la diagonal Joaquín V. González para llegar al Centro de Atención Primaria N° 4, "Dr. Luís Agote".

La salita -de fachada blanca, ventanas enrejadas y una virgen María que custodia la entrada- contagia un panorama sombrío. Acostumbrados a cubrir gripes y fiebres, los médicos se ven sobrepasados. En pocos minutos reciben a dos heridos de bala y un muerto.

Los vecinos siguen llegando cuando las ambulancias del SEM trasladan al Pela al Hospital Belgrano y a Joaquín al Thompson. El cuerpo del Gordo es llevado a la morgue judicial de Lomas de Zamora. Entre lágrimas, su hermano Javier, de 14, ve cómo la combi blanca se pierde en la Avenida Márquez.

Los minutos pasan y los nervios crecen. Las dotaciones policiales que habían estado en la represión vuelven a la Comisaría 4º, ubicada enfrente a la salita.

En señal de reclamo, los vecinos cortan la calle. De a poco van llegando medios y periodistas con versiones alimentadas por la ficción policial.

17.15

Afuera, el sol no da tregua.

Adentro, unos pasos rompen el silencio absoluto del pasillo del hospital Belgrano. Frenan en la puerta del quirófano, lejos del bullicio y las corridas de la guardia. Un policía se acerca al banco donde María Elena y Carlos aguardan.

-¿Al pibe lo trajeron de la Buen Ayre, no?-pregunta.

-No, ¡qué Buen Ayre! A mi hijo lo sacaron del barrio, ¿qué me viene a hablar de eso? ¡Él no tiene nada que ver con lo que pasó ahí! - le responde María Elena, ahora parada, a los gritos.

El uniformado -según el acta, el subcomisario Héctor Aurelio Flores, 23 años de servicio en la fuerza- no sabe qué responder. Se da vuelta y se retira con pasos rápidos. Al rato, vuelve, pide disculpas y desaparece.

El pasillo vuelve a su silencio original.

Horas antes de la represión, en el kilómetro 172 del Camino del Buen Ayre, fue asesinado el subteniente Marcelo Houriec cerca del lugar del descarrilamiento. Houriec murió ese mismo día de un disparo en el estómago cuando forcejeó con cuatro personas que quisieron robarle el arma mientras patrullaba el Buen Ayre. Los sospechosos fueron detenidos poco más tarde en la zona; uno de ellos se encontraba

herido de bala.

Los familiares de las víctimas de la represión en Carcova aseguran que los policías habían venido con “bronca” por el asesinato de Houriec; por eso la cacería de los quemeros.

La bronca de la Bonaerense se salda con sangre.

Segundos después de las 19.30 suena el teléfono de Ivana, la hermana mayor del Pela. Es María Elena, su madre, comunicándole entre palabras cortadas la peor noticia. Ivana se desmaya al segundo y todos comprenden lo que eso significa: el Pela también está muerto.

Esa noticia desencadena la furia.

Los pibes tiran piedras a la Comisaría, a los comercios linderos, a todo. Sus rostros tienen una mezcla de ira y agobio cuando empiezan a armar bombas molotov. “Hay que quemar a todos los ratis”, gritan algunos. Hay también saqueos a comercios de la zona: una casa de computación queda devastada.

Sobre la Avenida, la policía detiene al menos a quince personas –todas menores de edad- que son parte del estallido de bronca colectiva. Entretanto, camionetas de Gendarmería y efectivos de Infantería llegan a “custodiar” la zona.

Unas pocas luces iluminan la calle. Sobre las paredes de los comercios, se reflejan los destellos azules de un patrullero.

20:24. 32° 8.

C5N transmite en vivo con una cronista que habla en un castellano neutro, estilo CNN. El zócalo titula: “Descarrilaron un tren para saquearlo”. Las imágenes muestran a la policía deteniendo a los pibes que fueron a manifestarse a la Comisaría 4°.

“Los habitantes de la Villa se dirigieron al vagón para saquearlo, allí se presentó la policía y comenzó un tiroteo entre los habitantes de la Villa y la fuerza de seguridad”, relata la cronista, fiel al guión de la Bonaerense.

Adentro del edificio policial, el comisario Uhalde intenta dar explicaciones sobre

los hechos a los medios. Un señor, desesperado, lo interrumpe: "Mandé a mi nene a comprar, de 12 años, y lo metieron adentro".

-¡Dame el nene, dame el nene!- le repite visiblemente alterado el hombre- ¡Ustedes se la agarran con cualquiera!

Ante las cámaras, el comisario huye sin dar más explicaciones.

Horas después, comienza a circular la versión del ministerio de Seguridad provincial. Consultado por los medios, el ministro Ricardo Casal afirma que todo fue un hecho "planificado".

"Descarrilaron un tren con piedras y troncos, un grupo de personas abordó el tren, y otro grupo amedrentaba con armas al personal del mismo. Luego, cuando se presentó la policía, los atacaron a tiros", fabula el ministro.

La noche oscurece el edificio tosco de la Comisaría, mientras unas cubiertas se carbonizan en la esquina como pupilas rojas y brillantes. En las vías, los vagones continúan derrapados. Y a nadie en el barrio le importa esa mole de hierro que hace equilibrio para no caer.

-Mi negro buenito, mi negrito lindo. Yo no me explico, no sé por qué se ensañaron así- se dice Juana, abuela del Pela, en una pregunta compartida por todos.

En pasos lentos, los familiares y amigos de los pibes fusilados emprenden la vuelta al barrio. Es un regreso con sabor a despedida. Inician, sin saberlo, el mismo recorrido que harán cada 3 de febrero, cuando volverán a las vías para dejar flores en donde antes crecía chatarra.

Capítulo II

LOS FUEGOS

“Salí del baño, me hice un rodete, ni llegué a peinarme. Y salgo a la esquina y me gritan `le pegaron un tiro al Pela en el brazo` y yo `bueno, que se joda, si yo no lo mande`... y cuando vi que mi mamá se había descompuesto en la esquina salí corriendo, y me cruzo a mi hermana que me dice `no, vamos para la salita que lo llevamos para allá`. Yo lloraba de la bronca y entonces busque una mochila, lo busque al papá de él y tomamos un remis en la esquina.

Nunca me imaginé que el tiro había sido en el pecho.

Cuando llego a la salita y lo veo me quería morir; vi el tiro y le saltaba la sangre y él no se quedaba quieto, tenía el oxígeno conectado y se sacaba todo, y después lo miraba y le decía:

`Mi hijo, ¿por qué fuiste a meterte ahí?`

Y él me decía: `Ma, que no me aprieten que no puedo respirar`, y cuando me dijo así yo ya me imagine lo peor. También le decía al padre “Pa, que no me aprieten”, pero nadie lo apretaba, el padre lo sostenía de los pies para que esté quieto así le ponían el suero, él no se dejaba.

Y lo llevaron al hospital Belgrano, y yo quería pasar y veo que lo tenían ahí, no dejaba que los médicos lo tocaran, les pegaba, les pateaba, y entonces el de seguridad me sacó para afuera.

Después pasaron horas y nada.

Como a las siete y media de la tarde salió la doctora que lo estaba operando y me dijo que le dio un paro...

Y yo lo quería un montón. Y así fue”.

La tristeza habita los ojos de María Elena.

Un perro sucio y flaco se relame contra la pared. El cielo es todo gris.

La esquina del “puesto” de Gendarmería es la línea divisoria entre la urbanidad y la villa. Una barrera invisible.

Allí un par de gendarmes veinteañeros toman mate apoyados en una 4x4 verde militar. Detrás suyo, un mural con letras negras da la bienvenida a “La Cárcova”. Una calle recién asfaltada guía hacia el centro del barrio. La casa del Pela está en la última cuadra de la villa, sobre la Central y la Calle 2 de Abril, donde se amontona la iglesia del padre Pepe y el comedor “Los Pichoncitos Alegres”. En su frente, unas maderas hacen de pared y la ropa recién lavada tiende sobre un cúmulo de chatarra. Hay remeras y joggings de todos los tamaños y colores. Y olor a jabón en polvo.

Antes de sentarse en el banco de madera, María Elena se seca las manos enjabonadas. Lleva unos pantalones rallados tipo babucha y una remera roja. Algunas canas resaltan de su pelo marrón, atado con una cola de caballo. Tiene rasgos duros y labios de pocas sonrisas.

Al principio, María Elena se negaba a ser entrevistada. Tuvieron que pasar varios meses hasta que una tarde de julio, al conocer la fecha del juicio oral, acepta contar su historia; un espejo de miles relatos de este lado de las vías.

María Elena llegó al barrio cuando tenía 17: hoy tiene 40. Buscando un lugar adónde vivir, vino desde Concordia, Entre Ríos, con toda su familia. Eran nueve; el más chiquito tenía apenas ocho meses. Suárez, en esa época, era todo descampado. No había casillas, ni carros pero las vías ya delimitaban la zona. En un inicio, su padre lavaba nylon y los vendía. Después encontró trabajo con un albañil y construía piletas en las casas de la clase acomodada de San Martín.

-¿Y cuándo empezaste a ir al CEAMSE?

-Hasta antes de que empezara a trabajar de limpieza iba a la quema. Hace seis años que estoy trabajando ahora. Yo iba para buscar mercadería, traía de todo: el azúcar, la yerba, jabón... todo eso que a uno le hacía falta. Primero íbamos caminando, después empezamos a ir en bicicleta porque la gente iba corriendo a la montaña, entonces para poder sacar algo tenías que llegar rápido. A veces los guardias te dejaban media hora nomás.

Dice “montaña” y sus manos dibujan una enorme figura triangular que sobrepasa su cabeza. De fondo, se escucha el chirriar de las ruedas de una bicicleta que arregla Nino, uno de sus sobrinos de manos engrasadas y camiseta del Barça. La bici está entre la genialidad y el esperpento: cada una de sus partes responde a un modelo distinto.

-Cuando llegué al barrio no te dejaban entrar al relleno. Después empezaron a entrar así nomás, iban de noche pero te llegaba a encontrar el guardia y te sacaba carpiendo. Nosotros íbamos a Capital a buscar mercadería. Pero los supermercados empezaron a cerrar. Era el `89. Me acuerdo porque ella nació ese año.

Ese año fue el estallido económico de la incipiente democracia, de la mano de la hiperinflación. Y ella es Ivana, la mayor de sus hijos. Ivana escucha la conversación mientras se pinta las uñas con un azul brillante, a tono con el color de la sombra de sus ojos.

-¿Vos también ibas a la quema?

-Sí – responde a secas.

-¡Si habrá ido tres veces es mucho! – se ríe María Elena.

Ivana sonrío, tibiamente, pero no levanta la vista del esmalte.

-Cuando me junté con el padre de ella vivía en la casa de mi cuñada. Después nos vinimos para acá. Trajimos la casilla y la pegamos al lado de la casa de mi mamá.

Ya instalada en Carcova, el 13 de julio del `91 nació Mauricio. Con su llegada, la relación con Carlos -el padre de sus hijos- comenzó a decaer y el vínculo que los unía se volvió difuso, borroso. Una mañana María Elena despertó y notó, sin sorpresa, que Carlos se había ido. Mauricio acababa de cumplir apenas dos meses.

-Él es camionero, se fue. Y después de 18 años volvió como si nada, antes de que pase lo que pasó con Mauricio. No hacía ni un mes que había vuelto.

-¿Te acompañó en ese momento?

-Sí, pero ahora se volvió a ir.

Ivana suspira, con fastidio, se levanta y se mete en la casa. Es una parte de la historia que no le gusta escuchar.

Con 20 años, María Elena crió sola a sus hijos y cuando comenzaba a superar el abandono de su primer amor, el destino la cruzó con el Negro, un pibe de 18 que aprendía el oficio de ladrón y que también sería padre de dos de sus hijos. Esa relación fue tan intensa como fugaz.

Al poco tiempo de “noviar”, el Negro fue señalado como autor del robo a un supermercado en Moreno, donde fue asesinada una persona. María Elena sigue sosteniendo su inocencia, dice que su socio le hizo una cama, que lo buchoneó a la policía para zafar porque él no tenía antecedentes. El Negro terminó preso en el penal de Mercedes y ella continuó inventando formas para sobrevivir.

-Nos hicimos una carreta. En ese momento éramos pocos los que andábamos así, traíamos más, te rendía más, las cosas no estaban caras como están ahora. Antes con cinco pesos cocinabas y te sobraba. Con diez o quince te hacías una re milanesa, y ahora ni siquiera te alcanza para hacerte un guiso. Ahora tenes que tener 100 pesos para hacer una buena comida...por eso chau a todo eso.

Mauricio creció en esta casa, en este barrio. De chico ayudaba a cartonear e iba a la escuela 44 de Suárez. De a poco, estudiar se fue volviendo algo circunstancial y empezó a ir a clases sólo tres días a la semana. Terminó dejando en séptimo grado, al igual que su hermana mayor. Y cambió el guardapolvo por la ropa en jirones que utilizaba para ir a la quema.

A los doce se convirtió en una ayuda significativa para la economía familiar. Su madre recuerda que con la carne picada que traía del basural –con la etiqueta de Paty en los días de suerte- hacían bolsitas de dos o tres kilos y las vendían en el barrio. De vez en cuando le salían otras changas. Estuvo un tiempo repartiendo volantes y después consiguió trabajo en una bicicletería.

-Era bueno ese trabajo, de lunes a viernes. Él estaba contento y le pagaban bien, los sábados tenía que ir a cobrar. Descargaban las cajas que traían los repuestos de las bicicletas o les ponían las etiquetas a las cubiertas. Cuando no tenía trabajo se iba al cinturón- relata María Elena.

Entonces hace un párate en la historia. “Después se mandó un moco”, dice y se pone seria.

-Vine una vez de trabajar y pensé que Mauricio se había ido al cinturón, porque cuando llegué no estaba. Y era de noche y no venía más. Y viene mi sobrina y me dice: `Tía, llamaron de la Comisaría 4º, lo agarraron a Mauricio`. Y me fui a las corridas.

-¿Qué había pasado?

-Se había ido a Suarez y arrebató dos celulares, porque andaba re dado vuelta. Tenía 17. Una mujer encontró unas pastillas que había tirado una droguería en el CEAMSE,

pastillas fuertes como para los enfermos de cáncer, y estaban vencidas. Y esa mujer las encontró, las trajo acá y se las regalaba a los pibes, no se las vendía. No sé si mi hijo tomó realmente o le pusieron en la bebida, la cuestión es que andaba irreconocible. Eso me lo enteré después. Y sí, resulta que había arrebatado dos celulares a dos señoras jencima las dos estaban en la comisaría cuando llegué! Lo quería matar.

Mauricio pasó casi toda la noche en la celda. Recién a las cuatro de la mañana lo dejaron ir, acompañado de su madre. Antes pasó por la revisión médica, "le hacen todo eso para que después no diga que está golpeado", aclara María Elena. Una vez en su casa, durmieron poco: a las 10 tenían cita en el Juzgado. Ahí le dijeron que "si no quería declarar se negara y listo", que estaba protegido por ser menor de edad. Además le pusieron un régimen de seis meses de trabajo comunitario.

Para cumplir con la pena, María Elena habló con Susy, quien maneja el merendero "Los Alegres Pichoncitos".

- Ella le hacía arreglar la canchita, ayudaba en la cocina, jugaba a la pelota con los chicos, hasta que cumplió los seis meses. Le dijimos: `ojo que si te mandas otro moco y te agarran, no te largan más`.

-¿Y él que te respondía?

-No me decía nada. Agachaba la cabeza. Yo la quería matar a la mina de las pastillas. Yo sé que nadie lo obligó a hacer eso. No sé si él lo tomó porque quiso, o porque lo engañaron. Le faltaba poco para cumplir los 18.

Hace 10 años que el comedor "Los Alegres Pichoncitos" funciona en la villa, a manos de Susy, una trabajadora todoterreno.

Susy habla con Políticas Alimentarias del Municipio para el sustento de la comida. Susy organiza a los maestros para el apoyo escolar y a los curas de la Iglesia "Nuestra Señora del Milagro", coordinada por el padre "Pepe" Di Paola, para las misas. Susy hizo que el potrero se convirtiera en club de fútbol y le pone los puntos a los transas que se tirotean a la hora de la copa de leche.

"Los Pichoncitos" recibe a 150 pibes por día. Y si se cuentan los que juegan al fútbol la suma asciende a más de 300. Nancy, hermana de Susy, la ayuda en la ardua tarea. "Sabes cómo levantan las notas los pibes", explica sobre su rendimiento en sintonía con la práctica del fútbol.

Después de atravesar un pasillo angosto y un pequeño patio repleto de metales, se visualiza el potrero: los arcos de madera, la tierra de la canchita y unos reflectores a los costados para que las gambetas se vean también a la noche. Cuentan que el Pela hacía maravillas en ese potrero. "Cuando se fue nos quedamos sin el mejor 9", confiesa Maxi, uno de sus compañeros de equipo.

Nancy prefiere recordarlo en el desfile en San Martín con la casaca de "Los Alegres Pichoncitos" y una sonrisa de oreja a oreja. Hoy, su hermana Karen también juega allí, en el equipo de las chicas.

Antes y después de ir al basural, la canchita es uno de los lugares predilectos de los pibes de Carcova. Desde allí se ven las vías y, sobre una ladera repleta de yuyos, un patrullero que pispea el desarmadero de la Bonaerense del otro lado del terraplén.

Ahora es otro verano inclemente en el barrio.

En la esquina de Gendarmería hay un montón de nenes con tambores, tachos y mangueras recortadas haciendo ruido. Es un ensayo para el carnaval de los más chicos del barrio. Ofuscados, los gendarmes cruzan los brazos y ponen cara de autoridad mientras el sonido de la percusión improvisada crece y se vuelve murga.

Hay varias murgas en el barrio. "Los camaleones de Cárcova" es la que mayor producción tiene. La mayoría de los pibes participan en alguna. Y en la comparsa no existe la rivalidad como en el fútbol; después de los ensayos la esquina los junta con una cerveza fría de por medio.

-Yo salía en la del Colo y el Pela salía en la del Alcides -cuenta Joaquín Romero, ya recuperado de los disparos que recibió el 3 de febrero-. Él quería que yo me pase a su murga y yo le decía `naa, vení vos a la mía`. Y nos reíamos y éramos re compañeros.

-¿Qué hacían en la murga?

-Yo tocaba el redoblante y él bailaba. No llegamos a estar en la misma. Pero nos encontrábamos y tomábamos una birra. Y el pibe se la rebuscaba, no robaba ni nada, iba a la quema igual que yo.

-¿Cómo era el Pela?

-Era re piola, siempre estaba de buen humor. Después vivíamos en los videojuegos, había un pool y vivíamos ahí. Y hacíamos changuitas para ir a jugar a los videojue-

gos. Compraba cigarros, con diez pesos era *re boga*. Íbamos a los bailes, a Rescate, los viernes y los sábados, re emocionados. Cuando terminábamos la gira veníamos a dormir a casa, en una que se me prendió fuego a mí.

-¿Tenía novia?

-No, no le gustaba andar de novio. Estaba con su guacha. Era re piola el pibe. Es.

María Elena lo confirma: dice que no le conoció ninguna novia a Mauricio o que, al menos, a su casa no llevó a ninguna. Cuenta también que cuando tenía quince, había una piba del barrio que andaba diciendo que estaba embarazada de él.

-Mauricio me decía, `no, no mentira, ni ahí, no tengo nada que ver`. Y yo le respondía: `más vale, porque como sea te vas a hacer cargo, ¿vos te pensas que es joda?`. Y después resultó que era todo mentira, ¡pasa que lo quería enganchar, pero este era más vivo que ella! - y María Elena ríe, como pocas veces.

En la entrada de la casa de Analía, dos nenas juegan dentro de un balde con agua amarronada. Entre sonrisas y con la panza al aire, se abrazan. Por la calle de tierra pasa un carro tirado por un caballo. Cuando lo ven, abren bien los ojos, lo saludan y le cantan: "ca-ba-llito, ca-ba-llito". El caballo relincha, ellas festejan y se salpican con el agua sucia.

Analía es la hermana menor de María Elena. Lleva el pelo largo oscuro todavía húmedo por la ducha. Su marido, Marcelo, en cuero y bermudas de jean, corta unas papas que van a ser ensalada rusa sobre el mantel de plástico floreado. Su changa es vender hamburguesas, choris, pollo a la parrilla y ensaladas desde que, por un accidente, dejó de trabajar en una de las cooperativas de reciclado de la zona. Y cuenta que, a su jefe, Mauricio le había pedido varias veces trabajar en el galpón, pero ante la negativa había tenido que volver a la quema.

Analía contagia tranquilidad. Y prefiere recordar siempre sonriente a su sobrino.

-Tenía el ritmo en el cuerpo, estaba en la murga Cohembá y, antes de su asesinato, iba a debutar en los carnavales bailando. Era toda alegría. Ahora, la esquina ya no es la misma, no hay un fin de semana igual.

Su tía encabeza las marchas que se realizan cada 3 de febrero en reclamo de justicia con un andar tranquilo, acorde a su tono de voz pausado, pero bien al frente.

Mientras pone el agua para unos mates, comienza a tejer su recuerdo de aquella tarde de verano. Lo primero que deja en claro es que es una costumbre en el barrio acercarse a los trenes, porque los cargueros siempre vienen con mercadería.

Ese día, al igual que su hermana, Analía se estaba duchando cuando una vecina la alarmó que “algo había pasado” con la policía y los chicos. Salió en ojotas a la calle a buscar a Juana, su madre.

La encontró desmayada; el calor y el ataque de nervios de la situación hicieron que se desvaneciera al instante. Unos vecinos ayudaron a que entrara en sí y alguien, en ese caos de gritos y corridas, le dijo que le habían disparado al Pela. Analía marchó en su búsqueda, sin saber bien ni cómo, ni dónde. Todavía se escuchaban algunos disparos desde las vías.

El minuto siguiente es una imagen que todavía la persigue en sueños: en el patio de su casa, Mauricio yace tirado en el suelo, mientras la sangre se derrama sobre su pecho desnudo y mancha su pantalón caprí color blanco. En Carcova llamar una ambulancia es morir en la espera. Entonces, aunque el Pela se negaba, lo cargaron en la moto de uno de los vecinos para llevarlo a la salita.

En el camino a la salita Dr. Luís Agote, esas quince cuadras que conectan la villa con la ciudad, una mala maniobra hizo que ambos cayeran de la moto sobre el piso de tierra. Ese movimiento brusco habría hecho caminar a la bala por el cuerpo de Mauricio.

En la salita, con sus padres encima, el Pela se negaba a colocarse el suero y se quejaba de que se estaba quedando sin aire. La delicada cadencia de sus pulmones se hacía sentir en una respiración cada vez más agitada. Fue complicado hasta sacarle las zapatillas negras y rojas que llevaba puestas. Tuvieron que llamar a una ambulancia del SEM y trasladarlo al Hospital Belgrano, donde ingresó directamente al quirófano.

Analía llegó en moto, acompañada por Marcelo. Ante el escenario desolador del pasillo hospitalario, decidieron volver a la salita, donde ya se reunían decenas de vecinos enterados de la represión. A esta altura, era vox populi que el Gordo había sido asesinado por la espalda.

-En el camino de regreso sentí un mal presentimiento- recuerda Analía.

Y la tensión seguía creciendo, justo enfrente de la Comisaría, ese cementerio de autos robados y paredes descascaradas.

Cuando Analía y Marcelo llegaron a la Avenida Márquez, ya había estallado la ira contra la 4º de José León Suárez.

Ambos recuerdan la rabia en la cara de los pibes, el gesto burlón de los policías parapetados al frente de la Comisaría y la inmediata represión que se desató. Allí observaron a los pibes del barrio armando bombas molotovs entre sus manos nerviosas.

-Pero nosotros los convencimos de que no valía la pena y de que haríamos las cosas por el camino de la justicia- cuenta Analía.

La tía del Pela tiene grabada la imagen de cómo los uniformados hicieron pesar su brazo de hierro sobre los más chicos. Su memoria le trae la escena del momento en que un policía tiraba al piso y agarraba del cuello a un pibe de 11.

En ese caos, los movileros empezaron a repetir la teoría de que todo había comenzado en "un confuso episodio" donde un grupo de narcos habían querido sabotear al tren 8232 del Nuevo Central Argentino.

19.30

La cirujana Verónica Vera, doctora del Hospital Belgrano, le comunicó al subcomisario Héctor Aurelio Flores que Mauricio Ramos acababa de fallecer, previo ingresar al nosocomio con una herida de arma de fuego en el hemitorax. Además, le entregó al teniente Claudio Chaud el proyectil en un tubo de cultivo.

El cuerpo de Mauricio fue trasladado a la Morgue Judicial de la Fiscalía de Lomas de Zamora. La autopsia reveló que la muerte se produjo por un paro cardiorespiratorio originado por la hemorragia aguda causada por el paso de proyectil de arma de fuego.

Horas después, Analía se reunió con el titular de la Bonaerense, Juan Carlos Paggi, y con el ministro de Seguridad, Ricardo Casal. Los funcionarios convocaron a los familiares para mostrarles el "apoyo" del gobierno provincial. Y antes de que pudieran esbozar cualquier excusa, Analía verbalizó por primera vez lo que todavía ni siquiera podía entender.

-A Mauricio lo mató la policía.

El fuego no llegó a arder.

Esa noche, María Elena también supo que los pibes estaban armando molotovs para lanzarle a la comisaría.

-En ese momento la bronca que uno tiene reacciona de esa forma. Yo les dije que se queden tranquilos, que no armen más quilombo. Pero en un momento así, ¿quién va a estar tranquilo? Que te den la noticia de que falleció tu sobrino, tu hermano, tu amigo... ¿cómo lo contiene uno?

La catarsis fue colectiva. Y la contención también: después de ser velados en sus casas -a quince metros de distancia entre sí- unas 300 personas acompañaron a los familiares de Mauricio y de Franco durante el sepelio que se realizó en el cementerio de San Martín. Aunque las inhumaciones se hicieron por separado, se celebraron misas al aire libre en la puerta de acceso al cementerio. La presencia masiva de amigos y vecinos hizo imposible que se pudieran realizar en la capilla.

-Lo único que quiero es que se haga justicia, porque a mi hijo lo mató la policía porque sí, sin ninguna razón. Dijeron que ellos habían causado el descarrilamiento. ¡Nada que ver! Si estaba el maquinista de testigo que no había nada en la vía. Dicen que tenía autopartes, ¿para qué mierda va a querer mi hijo eso?

María Elena permanece en silencio. Suena su celular, lo mira y no atiende.

Un halo de añoranza sombrea su rostro.

El viento hace chillar las chapas enmohecidas y mueve la ropa colgada, los únicos colores del lugar.

Capítulo III

LOS SILENCIOS

Pulmón izquierdo.
Pulmón derecho.
Cadera.
Biceps.
Antebrazo.
Mano derecha.

Cabeza.

Siete.

Siete disparos de una escopeta Mossberg 12/70 - 12 es el calibre y 70 son los milímetros del largo de la vaina- recibió el Gordo en el cuerpo.

Gustavo Sebastián Rey –un oficial de 23 años, alto, delgado y de cutis morena- está acusado de haberle disparado por la espalda una vez que los gases lacrimógenos se disiparon detrás del tren descarrilado.

El Gordo cayó al piso en ese segundo de vacío.

Nadie escuchó su caída. Él tampoco.

Franco Almirón murió como vivió: en silencio.

¿Qué sabemos del Gordo? Poco.

Sabemos que era grandote y de un andar pausado.

Sabemos que iba a la escuela 50 en José León Suárez. Estaba en primer año. A las siete arriba. A veces llegaba tarde –a la una, dos de la mañana- de juntar nylon desde el cinturón ecológico y apenas tenía tiempo para bañarse y acostarse. Pero a las siete arriba. Le gustaba ir a la escuela y, a pesar de todo, seguía.

Sabemos que cuando hacía calor su trabajo con el nylon se extendía hasta las tres de la mañana. Y en invierno se le hacía más difícil, porque no podía lavar por el frío y se le congelaban las manos.

Sabemos que era muy tranquilo, que “no tenía mucha junta” y hablaba sólo si alguien le dirigía la palabra.

Sabemos que no era inquieto y que cuando decía “me voy un ratito y ya vuelvo”, volvía al ratito.

Sabemos que cada 6 de agosto hubiera cumplido años.

Avenida Central y 2 de Abril, de nuevo: la geografía del barrio entrelaza las historias.

Detrás del portón celeste, hay un Dodge verde, setentista. Belquis, de baja estatura y rulos chocolate que apenas llegan a rozarle los hombros, lo esquivo y se mete en la casa. No le dirige la palabra a Luís, que está debajo del auto, arreglándolo. Él tampoco le dice nada, pero saluda con un gesto parco.

Sin cerrar la puerta de entrada, Belquis se sienta en la cabecera de la mesa y empieza a cebar unos mates muy dulces. Es un ambiente con poca luz. En las paredes que la rodean no hay fotos familiares, ni imágenes de santos. Tampoco hay puertas en las aberturas que conectan con las habitaciones, sólo unos trapos que hacen de cortinas.

Tímida, ella aclara que “es la primera vez que habla con un periodista” y que sólo lo recibió bajo la promesa de que no llevaría cámara alguna. A diferencia del Pela o Joaquín, alrededor de Franco aún sobrevive un halo de mutismo. Eso también dice mucho sobre él y su entorno.

-Si venís con cámaras no quiero saber nada. ¿Lo conoces a Chiche (Gelblung)? Ese habló pestes; que mi hijo era un chorro, que le gustaba robar. Eso me lo contaron. Porque cuando pasó lo de Franco no quise hablar con nadie. Y no me dejaban ver la tele ni nada.

En la web de Canal 13 perdura el informe realizado por Gelblung para el programa 70 20 12. Allí el presentador asegura que “Villa La Cárcova es uno de los lugares más inseguros de la Argentina” e invita a conocer “cómo viven y cuáles son los códigos internos de la villa más temible del conurbano bonaerense en el que ni la policía se

atreve a entrar”.

“Cuando pasó lo de Franco” el aislamiento fue la primera reacción de su madre. Y las horas posteriores al 3 de febrero se le borraron de la mente. Mejor dicho: se las borraron a base de pastillas.

-Durante esos días no era yo. Iba al cinturón en bicicleta, juntaba nylons en el bolsón y lo esperaba a él. Lo tenía en mi mente. Lo tengo. Necesito saber, necesito que me diga algo. Me dicen que yo no hice el duelo como debe ser, llorarlo a él, porque a mí me dopaban mucho y parecía que no estaba acá. Recién me di cuenta que me faltaba mi hijo después de 15 días.

Por su frágil estado al momento de enterarse el asesinato de su hijo, el psiquiatra de la salita del barrio le recetó pastillas para que pudiera dormir. Hoy no sólo no descansa, sino que cada paso que da le trae la imagen del Gordo. Belquis es la única persona en el mundo en la que sobrevive con tanta fuerza el recuerdo de Franco.

-¿Por qué cambió tanto mi vida desde que murió Franco? Mi vida dio un vuelco muy feo y no tengo paciencia ni conmigo misma, me molesta todo, no tengo más paciencia. Debe ser porque a la hora de comer, a la hora de salir, lo busco a mi hijo y no lo encuentro.

Ahora un montón de niños corretean por la casa rompiendo el silencio. Se ríen, lloran, gritan. Son sus nietos.

-Estás bastante acompañada, son muchos acá, ¿no?

-Ahora están porque es sábado, sino no viene nadie. A veces me entretengo con el nylon, pero tampoco quiero hacerlo sola porque me hace recordar a él. Desde que era chiquitito él trabajaba mucho con el nylon.

-¿Qué es lo que hacen con el nylon?

-Íbamos al cinturón y él carreteaba, juntábamos el nylon. Muchas veces viene sucio, entonces lo tenés que cortar, lavar y después lo vendes, de eso vivimos.

A mí no me alcanza. El nylon está a 1 peso o 1.80 el kilo según qué tipo sea, por semana sacábamos 200 o 300 pesos, según la cantidad que juntábamos.

Más de 30 a 40 kilos no podemos traer por el peso. El lugar donde compran el nylon queda cerca del Fleming, también hay uno para el lado de González Catán, y tenés que pagar el flete para llevarlo.

-¿Demanda mucho tiempo?

-Sí, todo el día le tenés que dedicar si querés entregar por semana. También en el cinturón traemos comida; yo llevaba a mis hijos Javier, Franco y Yamila. Y ese día cuando pasó la desgracia nosotros estábamos lavando nylon.

Ahora recuerda la secuencia breve que los separó para siempre. Ella se fue al cajero más cercano y cuando regresó al barrio, notó la tensión en el aire.

Comprendió que algo había pasado al ver cómo se disipaban los gases lacrimógenos.

-Fueron 15 minutos y cuando vine Franco ya no estaba más en casa. Entonces me dijeron "a tu hijo ya lo traen". Y me lo traían muerto.

A Franco lo mataron cerca del tren descarrilado. Sólo cuando cesaron los disparos, dos vecinas lo cargaron hasta la esquina de la Avenida Central y 2 de Abril; era muy pesado como para seguir llevándolo. A los gritos pidieron ayuda. Un vecino, Cirilo, no quiso llevarlo en su auto. "No quiero tener quilombos con la Policía", argumentó.

Entonces lo alertaron a Luis -que estaba en su casa- de que su hijastro, Franco, había recibido varios disparos y yacía tirado en la esquina. "Déjalo que se muera, para que se anda metiendo ahí, yo no lo mande a robar", sentenció, ante la mudez absoluta de quienes habían presenciado la escena.

-Cuando Franco estaba tirado ahí en la esquina él no lo quiso llevar, porque supuestamente entendió que le habían dado un tiro en las piernas. Me dejó tirado a mi hijo. Entonces no le puedo perdonar lo que me hizo. Tenía el auto pero no lo quiso sacar. Cuando me contaron que todos le gritaban que vaya y me busque, él se hizo a un costado. Ahora no me sale el perdón del alma.

Lucho, otro vecino, terminó poniendo su vehículo para llevarlo hasta la salita Dr. Agote, exactamente en frente de la Comisaría 4º. Al llegar, los médicos recibieron un cuerpo con siete heridas de balas de plomo.

-Yo le di todo a mi hijo, no era un chorro o que se fue a abrir el tren para robar, ellos estaban solamente mirando. Sería el destino de él, porque él estaba lavando nylon conmigo y cuando me fui, vino se puso toda la ropa nueva, zapatillas nuevas y salió. Ese día teníamos que ir a la quema, pero se escapó y se me fue.

Silencio, largo.

La tarde del 3 de febrero, Javier estaba durmiendo una siesta cuando el Gordo lo despertó y le pidió que lo acompañara. Afuera, reinaba el caos producido por el tren descarrilado. Ambos salieron a ver qué pasaba en medio del calor sofocante.

Había algunos policías del otro lado del tren, pero nada anticipaba el riesgo del momento. Unos gases lacrimógenos repentinos hicieron que salieran corriendo. Y entonces oyó los disparos.

Javier estaba a metros de su hermano mayor cuando le dispararon. Más ágil, pudo correr y salvar su vida, pero no pudo evitar ver cómo cada bala impactaba en el cuerpo del Gordo, cómo caía al suelo en el último suspiro.

Entonces la vida de Javier cambió para siempre. Dejó la escuela ese mismo año. Ahora no sabe cómo expresarse, ni decir lo qué le pasa. Tampoco quiere hablar con nadie de lo que sucedió esa tarde de verano. Y no hay excepciones. Hace unas semanas buscó una salida química a su laberinto. Anduvo durante días totalmente empastillado, sin dormir, todo golpeado. Pero igual iba a la quema. Acaso el único refugio entre tanto olvido.

Ahora Javier camina hacia su cuarto -el mismo que compartía con el Gordo- vestido con un campera rayada con capucha y un pantalón negro con rayas blancas. No dice palabra alguna y desaparece tras la cortina que hace de puerta tan silencioso como una sombra.

Franco nació en el barrio Primero de Mayo, cercano a Villa La Cárcova, en la mitad de los noventa. Su madre, Belquis, había venido de Villa Ocampo –una localidad del noroeste santafecino, caracterizada por la producción azucarera y algodonera- con la esperanza de una mejor vida en el Conurbano bonaerense.

Conoció la Capital cuando tenía doce. Su padre trabajaba en la cosecha de algodón y a duras penas podía sostener a la familia. Con la promesa de la búsqueda de un trabajo digno, Belquis y su hermano mayor, Daniel, llegaron a Buenos Aires. Pero no tuvieron la misma suerte.

Daniel, ayudado por sus padres, pudo continuar sus estudios y hasta se recibió de abogado. En cambio, el destino de Belquis fue una casa de familia en Once, haciendo tareas de limpieza cama adentro. De a poco fue vislumbrando que esa tarea no tenía nada que ver con el ansiado progreso y a los 15 decidió volver a Villa Ocampo.

Entonces, conoció en primera persona las duras condiciones en las plantaciones de algodón junto a su padre. Hasta que quedó embarazada de su primera hija y trabajar en la cosecha resultó algo imposible. La Capital –el Conurbano- se convirtió de nuevo en una posibilidad prometedora: todavía no era mayor de edad cuando llegó a José León Suárez con una niña bajo el brazo y la esperanza de pan y trabajo.

-Así empecé a cirujear y así se criaron mis hijos- resume Belquis.

Al no terminar el colegio, en el camino quedaron sus ganas de ser enfermera. En el camino quedaron también sus padres con los que perdió prácticamente todo contacto.

A Belquis le sigue interesando la enfermería: en Carcova llegó a cuidar a gente mayor e hizo un curso de primeros auxilios en la salita Dr. Agote, donde años después volvería temblando y rogando que Franco continuara respirando.

Yamila, hermana de Franco, tiene catorce. Escucha la historia de su madre en silencio, sentada en un sillón contra la pared que da a la puerta. Belquis se da vuelta y le pide que cuente qué va a estudiar.

-Partera- responde- Porque me gustan los bebés.

-Ella es como yo – dice Belquis y ceba otro mate dulzón.

El afuera trae el ruido de una moto.

Unas moscas zumban sobre una radio inerte.

Una gallina sube arriba de la mesa y da pequeños pasos cerca de la pava.

Tienen más de 10 gallinas que ponen huevos en época de primavera. Sus nietos comen muchos. A Yamil, uno de los más chicos, le dicen “urraca” porque come todo con huevos. A pesar de la pestilencia de la tierra, tenían plantas también. Hasta que llegaron los pollos y no dejaron ni los tallos. Si se cruzan a la casa de al lado no tienen muchas chances de sobrevivir: pueden ser devorados por el perro o sufrir los escobazos de la vecina.

-La otra vez se salvó ese gallo amarrillito - explica Yamil, atraído por el andar del pollo de plumas ambarinas.

El gallo rastrea el suelo a picotazos por debajo de la mesa.

Y se conforma con unas migas de pan.

Sin avisar, dos chicos del Movimiento Evita entran a la casa. Saludan a Belquis con un beso. Ella les ceba un mate.

-Belquis, ¿viste que el 20 de febrero vamos a tener el juicio?- comenta Julián, pelo corto y morocho, aro de coco en la oreja izquierda y una estrella roja tatuada en el cuello.

-Así me dijo anoche Sofi- responde- Ojala que salga.

-Igual antes vamos a estar haciendo el recordatorio del 3 de febrero como para seguir metiendo presión- dice Julián.

-Vengan, siéntense –los invita la dueña de la casa.

-No, gracias, ya nos vamos. Queríamos pasar a saludar. Estamos repartiendo boletas. Viste que el domingo se vota, Julián va de candidato a concejal - explica Sofía y muestra la boleta azul del Frente para la Victoria con la foto de Julián- Este es él aunque no parezca por ese pelo medio brillante...

-Ahora me lo corté, me puse más lindo, ¿no Belquis?

Y Belquis ríe. Tímidamente ríe.

Ellos la saludan. Se prometen mutuamente una comida y salen de la casa. La madre de Franco se entera las novedades del juicio a través de los chicos del Evita que militan en el barrio. Ellos le dieron visibilidad al caso y motorizaron la representación del CELS de las familias de las víctimas en la causa judicial. No obstante, Belquis tiene un abogado propio, aunque este nunca se comunica con ella para contarle los avances del expediente.

-Cuando sea el juicio ¿tenés ganas de estar ahí?

-Sí, quiero estar, pero me dijeron que iba a ser cerrado. Yo les dije a todos que quiero estar, a ver qué dicen, porqué lo hicieron. Nosotros no le vimos la cara a los milicos que mataron a nuestros hijos, no sabemos quiénes son. La cuestión es que nosotros nos quedamos sin hijos y ellos capaz que después quedan libres.

-Ahora están en la cárcel...

-Eso dicen. Nosotros no los vimos.
-¿Confías en que se va a hacer justicia?

-Sí, pero... ¿qué nos vale a nosotros que ellos caigan presos si nosotros no tenemos a nuestros hijos? Al que es buenito siempre se lo llevan primero.

Belquis tiene los ojos agotados. Su voz es un hilo fino, débil.

Es una mujer rodeada de gente, pero camina sola.

-El martes voy a ir a llevarle flores por su cumpleaños. No pasa un mes que ya estoy yendo. Me dijo el psiquiatra que no vaya mucho porque me hace mal. Para mí no es así, yo me siento bien. No le hago caso y me escapo. Prefiero irme sola; siento que hablándole o estando con él un ratito, por lo menos quince minutos, me vengo tranquila a casa.

A metros de su casa, hay un monolito en la esquina donde arrastraron al Gordo después que recibió los disparos mortales. Allí también hay fotos del Pela. Algo de ese recordatorio a ella no la convence.

-Al Pela le ponen cigarrillos, vino, cerveza, yo pienso que así no descansan, no están tranquilos. La idea era ponerlo al Gordo también ahí, pero yo paso todos los días no me gustaría que lo estén molestando. Yo saqué su foto y ellos –los familiares del Pela– se enojaron...mi hijo no murió ahí. ¿Para qué lo vamos a molestar tanto? Ellos tienen que descansar.

-¿Soñas con Franco?

-No, me cuesta dormirme, si no tomo pastillas no puedo dormirme. Algún día lo voy a entender, o él me va a decir algo.
Belquis espera en las noches de insomnio, en las tardes de basural, una respuesta.

Mientras tanto, el aire de agosto sopla frío, envenenado por el olor podrido del río Reconquista.

Capítulo IV

LAS CICATRICES

"La policía estaba atrás del tren. Pero este policía no se qué onda, si se quiso hacer el cazador o qué, y había unos pibitos detrás mío que estaban tirando piedras, pero yo y otros más estábamos mirando nomás. Y, corte cacería, se pasó de este lado del tren, se escondió entre los pastos y cuando veo que se levantó...le vi la cara y empezó a tirar.

Clac, clac, pum.

Clac, clac, pum.

Clac, clac, pum.

Y yo justo estaba en el puente de chapa. No me voy a olvidar cuando crucé el puente y me rozaban todos los perdigones, donde hay una montaña de chatarra, está todavía la marca. Y los perdigones parecían bolitas.

Pla, pla, pla.

Me dio tiempo a darme vuelta nomás. Cuando me di vuelta, me dio por la espalda. Al lado de la columna. El gil me tiró por la espalda. Se levantó corte cacería.

¡Y no me tiró uno, me tiró tres!

Entonces me meto por una calle, me veo y me empecé a sentir mal, media cuadra caminé nomás. Los disparos los sentí caliente, corte que te quema. Y me miro y tenía un re agujero en la panza, me había traspasado uno...y me empecé a sentir mal, me salía mucha sangre, y no podía respirar.

Por allá un par de amigos me vieron.

- ¿¿Qué te pasó??

-No, me dieron un tiro...

-¡Noooo, dos tenes!

Yo no me había dado cuenta.

-¡Vamos, vamos al hospital!

-No, ni ahí, vamos para mi casa

-¡No, vení para acá!

Y me agarraron y me subieron a un auto. A un chabón que pasaba lo frenaron y le dijeron ` ¡llévalo al hospital!'. Y cuando me subieron ya me empezaba a faltar el aire. Se me estaban llenando los pulmones de sangre, me dijeron. Y no podía respirar bien.

Y me estaba durmiendo y me agarraban a cachetazos para mantenerme despierto. Uno era el primo del Pela, el Chacha, y el otro era el Chino. Ellos me salvaron la vida. Me llevaron a los cachetazos, de ahí hasta la salita. No me podía mover porque me enderezaba y me re dolía. Y yo escuchaba y veía todo, pero quería hablar y no podía. Corte película. Y yo la veía a mi hermana que lloraba y yo quería hablar y no podía, y se me estaba llenando el pulmón de sangre y respiraba más rápido.

Y por allá me desmayé.

No aguante más.”

Sábado de diciembre: cielo sin nubes.

La casa de Joaquín, ubicada en la calle 2 de abril, está a metros del puente por donde pasa el tren. Desde allí, se divisa una colina de desechos de donde emana el omnipresente olor del CEAMSE.

Joaquín tiene ojos negros y sobre la piel lleva las cicatrices de la supervivencia. Un mapa imborrable que le recuerda las veces que esquivó a la muerte. Cuando se levanta la remera blanca, su espalda deja entrever el surco donde penetraron los tres balazos, a la altura del pecho y el estómago. Es como Juan Carlos Livraga en “Operación Masacre”, un fusilado que vive.

Pasaron casi dos años del día en que mataron al Pela y a Franco. Y es la primera vez que Joaquín cuenta su historia; al principio le esquivó a los medios, después los medios tampoco lo vinieron a buscar. Ahora tiene 21 y un hijo: Tiziano, que duerme entre los colores de un cochecito de Chacarita Juniors.

- Karen es de Ciudadela. Y es hinchada de Almagro. Todo mal- bromea Joaquín sobre la

madre de su hijo, mientras convida un mate y marca la cancha en cuanto a fanáticos futboleros. Ella, a su lado, sonríe con timidez.

Después de sobrevivir al fusilamiento de la Bonaerense, la Municipalidad de San Martín le consiguió un trabajo para que realice trámites en Tribunales. Antes también trabajó en Tecnópolis. Aún así, Joaquín no abandonó la quema. Sigue yendo los fines de semana, cuando el sueldo no alcanza para alimentar a Tiziano. O en la previa de las fiestas, para poder comprarle algún regalo.

Todo cambió a partir de ese 3 de febrero de 2011. Y aunque los recuerdos no marquen la piel, también son heridas que lleva consigo.

-¿Qué te acordas del día en que pasó lo del tren?

-Me acuerdo todo. Si estaba re consciente. El policía que me tiró lo tenía de acá a la chapa -señala una que está a unos tres metros de distancia-. Lo re vi cuando disparaba. No me dio tiempo a nada. Nosotros cruzamos el puente y estábamos mirando cómo estaban los policías tirando.

-¿Cómo empezó todo?

-Yo estaba en mi casa, con Karen. Y el tren se descarriló solo. Dicen que lo descarrilaron, ¡mentira! Se escuchó desde mi casa. Escuché un temblor y salgo a la vereda y con los pibes estábamos mirando nomás, de chusma.

-¿Estabas por ir a la quema?

-Sí, en ese momento vivía de la quema, no tenía otra entrada. Y por allá la gente los empezó a agarrar a piedrazos y la policía empezó a tirar con balas de verdad. La bronca viene porque habían matado a un policía en la Buenayre. Y se la agarraron con nosotros, porque vinieron directamente a tirar. Más antes de que me den a mí, estábamos en la calle y vinieron dos en moto y la gente le tiraba piedras. ¿Ah sí? ¿Tiran piedras? Pla, pla, pla”.

Pla, pla, pla.

La voz de Joaquín imita el ruido de los disparos, mientras sus dedos forman una pistola. Conoce el sonido de las balas; conoce el dolor cuando atraviesan el cuerpo.

-¿Lograron abrir el tren en algún momento?

-No, yo llegué y estaban tratando de abrirlo. Pero estaba vacío. Primero empezó la re

guerra de piedrazos a la policía y después empezaron a tirar itacazos al aire y caían perdigones chiquititos, te pegaban y te re dolía. Le pegaron a un par de pibitos, y lloraron y la gente se re encasqué. Eso fue antes de que me den a mí. Yo también me re encasqué. También tiré un par de piedras con la mano. Se lo merecían igual.

La letra fría del acta policial dice:

“ROMERO LUCIANO JOAQUIN, de 19 años de edad, quien presentaba HERIDA DE ARMA DE FUEGO en el abdomen, el cual fuera trasladado desde 1ero de Mayo y 2 de Abril de la localidad de JOSÉ LEÓN SUÁREZ.

Se identificó a la progenitora del menor como ROMERO MARIA FERNANDA, Argentina, Soltera, empleada de 35 años, instruida, quien manifestó que su hijo había ido a ver el tren descarrilado en las vías, cerca del depósito de coches de J.L SUAREZ cuando fue alcanzado por un disparo, ignorando demás detalles o circunstancias, siendo ella junto a un vecino quien lo trasladó hasta el Hospital.
Que hace entrega de precario médico.

Que asimismo le hacen entrega de las ropas de la víctima. A saber: un par de zapatillas marca NIKE de color blanca, remera celeste marca ADIDAS con rayas azules en mangas, un bóxer de color negro y una bermuda de baño color crema y negra marca MOHA.

Aclara, a esta altura, que la víctima se halla en el quirófano del Hospital, donde estaba siendo intervenido”.

Le sacaron medio litro de sangre del pulmón. Su recuperación fue rápida; estuvo dos días en terapia intensiva del hospital Thompson y al tercero quería levantarse solo de la cama.

A pesar del dolor, se quitó la sonda de un tirón y se negaba a hacer pis en el papagayo. “Ni loco voy a mear ahí”, le advertía a los enfermeros. También se resistía a que lo bañaran y sólo se sintió más tranquilo una vez que comenzó a caminar lentamente por el hospital, con una faja que le apretaba el estomago.

-¿Estuviste dos semanas internado?

-Sí. Al mes ya estaba yendo a la quema de vuelta. Después acá decían que los transas me habían dado plata. Chamuyo, nadie me dio nada, ni para un agua mineral.

-¿Y por qué te iban a dar plata?

-Decían que me daban plata a mí, a mi mamá, para que no hablemos. Y ojalá, nadie nos dio nada.

-¿En algún momento pensaste que no la zafabas?

-No, ni pensaba en eso. No me quería morir, porque pensaba en mi familia.

Tenía miedo. No por mí, sino porque Karen estaba embarazada. Si no fuera por los pibes (Chacha y Chino) yo también me re dormía. Si no me los cruzaba a ellos iba a quedar tirado acá, antes de llegar a mi casa.

Cuando volvió de terapia intensiva, tenía dos gendarmes custodiando su habitación. En esa sala gris del Thompson, conectado al suero, se sintió sitiado. Primero pensó que esa imagen provenía de alguna ensoñación por la anestesia, luego lo entendió como un gesto para protegerlo de la policía: pocas víctimas de la Bonaerense viven para contarlo. Sin embargo, con el correr de las horas los gendarmes se acoplaron para hostigarlo.

-No te creo que no estabas haciendo nada vos- le dijo uno.

-¿Qué te pasó acá en el ojo? – Se burlaba el otro- Para mí que vos no sos ningún buenito, eh.

Desde la puerta de la casa de Joaquín, se observa el lento paso de los pibes que, caminando o en bici, se dirigen a la quema. Llevan la ropa hecha harapos y grandes bolsones para traer la comida que pueda salvar un almuerzo futuro. Este sábado Joaquín no irá, tiene la bicicleta rota y otros planes para su tarde. Por la calle de tierra, levantando polvo a su andar, asoma un pibe a bordo de una bicicleta descua-jeringada.

-¿Qué haces Joaco? ¿Hoy no venís a la quema?-pregunta antes de bajarse para saludar.

-¿Cómo andas David? No, no. Tengo la bici rota - responde Joaquín, mientras observa la bicicleta ajena- Debe estar media floja esa cadena.

- Sí, igual llevo la francesa por las dudas.

-Ayer tampoco fui, tengo que conseguir una cámara nueva. Pero este mes quiero ir porque se vienen las fiestas; hay que sumar, no hay que restar. Ahora me estaba por ir a gomerear. Una señora me quiere comprar palomas, ¿sabías? La otra vuelta cazamos unas palomas y la señora nos las compró a cinco pesos cada una. Se las come, las hace a la parrilla. Dice que son más ricas que el pollo. Es verdad, es rico. ¿Vos comiste paloma?

-Sí, está piola, nomás que es chiquito. Es un pollito – dice David largando una carcajada- Yo no sé porqué no se compra un pollo y listo ¡Viene más por lo menos!

David saluda y se va sonriendo. Se une a la caravana que atraviesa el puente con dirección al CEAMSE. Entre la putrefacción de los desechos, se pueden encontrar algunos tesoros: cargas de alimentos no vencidos de marcas como Arcor, Bagley o Vienísima. Los productos y los paquetes de salchichas que provienen del CEAMSE y no van a la olla familiar, se venden más baratos en la Villa, en las ferias de Retiro o de José C. Paz.

Joaquín observa el rápido andar de los quemeros. A pasos de las vías, en el monolito que recuerda al Pela y al Gordo, otros pibes del barrio fuman y toman cerveza en un ritual íntimo de la memoria.

Joaquín, como le dicen en el barrio, no sólo lleva en el cuerpo la marca de los disparos. En sus manos y sobre el flanco izquierdo de su rostro, la piel se constriñe fruto de una profunda quemadura del pasado.

Tenía trece años, en ese entonces todavía iba a la escuela. Estaba solo en su casa y se había acostado. Pero un cortocircuito lo despertó rodeado de fuego. Las llamas se alimentaban ferozmente de la alfombra y la mesa. El humo hacía imposible aguantar la respiración.

Rodeado por ese infierno, Joaquín corrió para buscar agua. Alcanzó a llenar un balde que arrojó al fuego lo más rápido que pudo. Entonces se encontró encerrado por esas lenguas que ya consumían el techo. Las chapas comenzaban a rendirse por el calor y Joaquín se subió arriba de la cama, único oasis a la vista. Le caía brea ardiente en el brazo, en las manos y en la cara. El dolor era inmediato. Estaba encerrado en un laberinto de llamas.

Su desesperación lo despabiló y, en un acto reflejo, saltó hacia la salida de la casa. Una vez afuera, intentó sacarse la remera, pero esta se le adhirió a la piel y se derritió sobre su espalda. Sentía cómo la brea le carbonizaba la piel de a poco. La primera

opción fue mojarse, pero eso avivó la quemazón. Entonces corrió rengueando, ya sin saber hacia dónde. Y se cruzó a José, un vecino.

-¿Qué te pasó pibe? ¡Mira cómo estás!- le dijo a los gritos.

Enseguida notó cómo crecían las ampollas de agua en sus brazos, como globos. José llamó a un remis para llevarlo a la salita. "A estas horas los autos no entran a la villa", le dijeron del otro lado. A las corridas, recurrió a su medio de transporte: un carro tirado a caballo. Joaquín se subió como pudo. Fue acostado en el carro, temblando; cada movimiento activaba el dolor. Todavía miraba sus manos en carne viva cuando el caballo pisó el asfalto.

En la salita no tenían nada para tranquilizar las quemaduras, ni un calmante. Tuvieron que llamar a una ambulancia que tardó media hora. Cuando llegó, lo conectaron al suero y eso lo relajó un poco. La ambulancia prendió la sirena y se encaminó a toda marcha al Hospital del Quemado, en Colegiales. Ingresó por la guardia de emergencias directo al quirófano. Las luces del quirófano lo encandilaron. Debido al estado de shock, la dosis de anestesia fue tres veces superior a la normal.

1, 2...Joaquín se durmió antes de que el anestesista contara tres.

-De esa zafe también - recuerda sentado en la puerta de su casa- Y estuve mal un montón de días. Pero me atendieron re bien en ese hospital. Me daban tomate para que agarre color a la piel. Y cremas que valían fortuna. Después me dieron unos guantes para que no me queden las cicatrices. Iba a la escuela, a séptimo, y todos me miraban y me sentía zarpado porque tenía todo la cara quemada y se me re notaba. Después los dejé de usar y me quedaron así las manos.

Y muestra los rastros de la piel chamuscada en sus palmas, que ya no arden, que ya no duelen.

El sol de la tarde brilla en sus ojos de niña. Karen, de remera roja y pantalón de jogging, observa fijamente a Tiziano. Luego lo acaricia. Y suspira. Unos pibes caminan en cuero, gomera en mano, sobre la orilla del río.

Karen tiene un tatuaje en su nuca con la palabra `Román`, escrito con gruesas letras negras. Con una sonrisa, Joaquín se apura a aclarar que no tiene nada que ver con Riquelme. En cambio, así se iba a llamar el bebé que crecía en la panza de Karen cuando pasó lo del tren. Y que falleció al séptimo mes de embarazo.

El día del descarrilamiento Karen escuchó los disparos desde la casa. Había preferido

no acercarse a la formación del Nuevo Central Argentino. Pero la noticia llegó por medio de los gritos de los vecinos.

-Todos decían que habían matado a Joaquín porque tenía tres tiros. Pero lo vi después, cuando estaba en el hospital. Ya no estaba en la salita - explica- Encima no teníamos ni un peso, ni para el remis ni nada.

-¿Y cómo llegaste al hospital?

-Le pedí monedas a mi tía para el colectivo.

-Me imagino los nervios...

-Sí, muchos. Estaba embarazada y sola.

Siete de la tarde: una habitación que es una casa.

Una tele encendida con dibujos animados. Una planta de marihuana que crece en una maceta roja. Una cama de dos plazas con un acolchado amarillento. Un mate de Chacarita. El piso de tierra, el techo de chapa.

Joaquín vive al lado de la casa donde su madre, Toti, lo vio crecer. Contra la pared, hay una placa de un dorado brillante, donde resalta el nombre del intendente de San Martín: GABRIEL KATOPODIS. Abajo, más chico, está el nombre de Joaquín, en recuerdo del 3 de febrero, bautizado ahora como "Día de la No Violencia Institucional".

Joaquín lava un vaso en un balde de agua, abre la heladera y se sirve Coca Cola. Levanta a Tiziano del cochecito y le alcanza unos juguetes de plástico que reposan en el suelo.

-Y ahora vamos a ver qué pasa -dice- Los chabones están presos, pidieron el arresto domiciliario y no se lo dieron. El que me pegó a mí se llama Vega. Pero no eran dos los que tiraron. Eran una banda. Todos tiraban con balas de verdad.

En sus brazos, Tiziano juega. Y deja escapar una sonrisa detrás del chupete.

- Yo sigo para adelante igual, siempre la voy a remar. Y ahora que está mi nene más todavía. Quiero que él sea derechito, no quiero que le pase lo que me pasó a mí. Yo de chiquito ya iba a la Capital, con mi mamá, a ayudarla a cartonear. Yo quiero que él estudie. Le voy a dar todo lo que a mí no me pudieron dar.

A esta hora los quemeros comienzan a emprender el regreso. Se juntarán después en la esquina a fumar y comparar lo que rescataron del basural. Por el puente pasará algún tren de humo denso.

Y después caerá la noche, espesa, en esta porción olvidada del mundo.

Capítulo V

QUEMAIKÉN

"Nadie escondió este crimen"
Pablo Neruda, Canto General

El pintor realista Ernesto de la Cárcova nunca hubiese imaginado que un siglo después habría una villa con su nombre que retrataría el mensaje de su obra más famosa con tanta fidelidad: sin pan y sin trabajo.

Como la flor de loto, Villa La Cárcova nació sobre el barro. Pero no está sola en ese universo que desde el CEAMSE denominan "Complejo Ambiental Norte III". Su identidad ciruja la emparenta con otras villas linderas al Río Reconquista: Costa Esperanza, Hidalgo, 8 de mayo, Libertador, Lanzone y Barrio Independencia.

Ese conglomerado crece con el pasar de los días. Según un estudio de la Universidad General Sarmiento, en 2006 el municipio de San Martín albergaba el mayor número de villas -57- y asentamientos -91- del país. Hoy se calcula que esa cantidad se multiplicó por cinco. Igualmente, no hay datos oficiales debido a que gran parte de su población ni siquiera fue censada en 2010.

Entre casas con techos de chapa y calles sin asfaltar, uno de los principales reclamos de los vecinos es la falta de acceso a los servicios básicos. El gas depende de la posibilidad de conseguir garrafas. Para obtener agua muchas familias se organizan y hacen perforaciones, aunque el agua que consigan no sirva para tomar debido a su alto grado de contaminación.

Si tienen luz es porque comparten los medidores comunitarios y porque -en algunas zonas- consiguieron organizarse para que Edenor cambiara las plataformas y así elevara su voltaje. En tanto, la ausencia de cloacas hace que la evacuación de los desechos se tenga que resolver con el sistema de cámara séptica o con el uso de pozos ciegos que contamina las napas.

Los pobladores de Carcova viven del cartoneo y el cirujeo en el basural, lo que les permite sobrevivir día a día. Muchos se aferran a la idea de que mientras exista no pasarán hambre. "Acá la mayoría vive del CEAMSE, por más que tenga un trabajito va a la quema sino no alcanza. Casi todas las familias que hay acá son familias grandes,

entonces un puchito de cada lado sirve”, cuenta Analía, tía del Pela.

El Complejo III recibe los desechos provenientes de Capital Federal y de la mayoría del Conurbano bonaerense. La cantidad que recibe es abrumadora: son más de 5 millones de toneladas de desechos por año, una cifra que equivale a la producción de carne de todo el país en ese mismo lapso de tiempo.

Allí se descargan dos tipos de desechos: los domiciliarios –lo que la ciudad expulsa todos los días en bolsas de consorcio o de supermercado- y los residuos industriales. Estos son los más buscados entre los quemeros, ya que las empresas arrojan productos que aún no han vencido o que simplemente tienen alguna falla en el empaquetado. La clave es descifrar en qué lugar del predio harán la descarga los camiones de las grandes -y diversas- marcas.

Las puertas de la montaña gigante se abren cada día a las 17, por el lapso de una hora. Entonces comienza “la largada”, el momento donde un millar de personas de todas las edades se lanza en carrera para llegar a la basura más valiosa; los residuos industriales que se pueden revender. El cobre de los cables, los alimentos balanceados para mascotas y los productos de limpieza e higiene entran en ese podio.

El cirujeo en el CEAMSE experimentó uno de sus picos de crecimientos durante la crisis del 2001. Los más afectados por la situación económica vieron en el basural una posible salida y, en muchos casos, el dilema de la existencia se redujo a la disyuntiva de cirujear o salir a robar.

Los que eligieron cirujear llegaban de noche; primero eran 50, luego fueron 200 y con el transcurrir de los meses el basural se convirtió en un mundo paralelo, donde los desperdicios se custodiaban a mano armada.

La seguridad privada y los policías que vigilaban el lugar –provenientes en general de la 4º de José León Suárez y la 5º de Billighurst– no sólo se quedaban con parte de la mercadería conseguida por los quemeros, sino que les exigían a chicas del barrio con fines sexuales a cambio de dejarlos ingresar al predio. Estas prácticas nefastas continúan en la actualidad.

Antes tampoco había un horario delimitado para entrar al predio. Y pocos sabían que miles de personas de Suárez se lanzaban entre las ratas para buscar algo de comer.

En ese entonces, Diego Duarte era un quemero más.

Como luego lo fueron el Pela, el Gordo y Joaquín.

-Le decimos "Quemaikén" porque parece un parque temático de la pobreza - explica Lalo, autodefinido como tercera generación de cirujas- Hoy la región es tierra de nadie. No hace falta que la policía mueva un dedo para que los quemeros se maten entre sí.

-¿La policía fomenta la guerra de pobres contra pobres?

-La regula. Al ser los dueños de la calle, son el órgano de regulación de esa guerra.

Ernesto "Lalo" Paret conoce la realidad de los barrios de Suárez como pocos. Nació en La Rana, "una villita de la zona", según puntualiza. Empezó cartoneando a los 12 en Capital Federal. La primera tele que hubo en su casa la encontraron "de ciruja". Su primer par de zapatillas también. Con sus hermanos, iban a cartonear cuando nadie lo hacía. La quema llegó después.

-Me acuerdo que nos peleábamos por la carcasa de los pollos cuando venía el camión de la Siemens. El hambre siempre es el mismo. Lo que cambió fue que hoy se ha hecho piel la idea de que no es posible la movilidad social.

-¿Por qué?

-Porque muchos dejaron de creer en la idea de mejora o progreso, si lo quieres llamar así. Es entendible esa chatura con respecto a las proyecciones de los sueños. Si el ámbito en el que vivís está tan hecho mierda, va a ser difícil que te animes a creer en los reyes magos.

Sin alejarse de la calle y sus latidos, Lalo fue obrero de fábricas recuperadas y en el arduo camino de la autogestión se convirtió en un referente del movimiento de la producción sin patrones. Su experiencia trascendió los límites del Conurbano: su testimonio es central en el documental "La Toma" de Naomi Klein.

Ahora es parte de la gestión colectiva de las plantas sociales de reciclaje de San Martín, donde busca hacer del cirujeo un empleo calificado. En las razones del porqué de la desesperanza, Lalo rememora el axioma del "sálvense quien pueda" cuando explica que el trabajo de los quemeros en el CEAMSE es una actividad estrictamente individual.

-No es que nos ponemos de acuerdo cuando viene un camión de Unilever y bajamos todo entre todos, tipo egipcios. La idea de ellos es que prime el individualismo más extremo. Fíjate esto: el CEAMSE fue creado en el '78, plena dictadura, como un traje a medida para Roggio, que será el grupo económico que históricamente controlará

la basura. El relleno del CEAMSE es una posibilidad múltiple de negocios y lo seguirá siendo -dice Lalo, antes de exhalar el humo de un cigarrillo entre sus labios gruesos.

El grupo Roggio tiene en sus manos el recorrido de las 360 mil toneladas de basura que excreta la Capital por año. No sólo le pertenecen los camiones azules y verdes de Cliba, sino que también maneja la disposición final de los desechos. En su página web se vanagloria de manejar la operación del Complejo Ambiental Norte III, "el relleno sanitario de mayor volumen operativo de Sudamérica". Y aunque en los papeles el CEAMSE es una empresa pública compartida entre la provincia y la Ciudad de Buenos Aires, Roggio es quien lleva los hilos del negocio de la basura.

Desde 1908 el grupo comprendió cómo llevarse bien con los gobiernos de turno. Benito Roggio e Hijos S.A. supo tejer un entramado de poder que le permitió ser dueño de transportes -como el Subte de Capital Federal- y construir una infinidad de obras civiles e industriales que van desde la planta termoeléctrica de Bahía Blanca, pasando por el penal de Córdoba, hasta el hotel Hilton de Buenos Aires.

-Fueron los grupos económicos como Roggio los que definieron las normas que regulan la disposición final de la basura. Lees la 9.111, de creación del CEAMSE, y ya ves cómo penan a cualquiera que atente contra esa norma- asegura Lalo.

Se refiere al decreto-ley del `78, sancionado por la Junta Militar, que dispone la "regulación de la disposición final de la basura en los partidos del Área Metropolitana". Su artículo 11 es el más gráfico en cuanto a criminalización de la pobreza. Allí se prohíbe, en letras mayúsculas, el CIRUJEO en el CEAMSE y en los terrenos de propiedad de particulares.

Cada tarde, el hostigamiento mentado en la dictadura se hace carne en el lomo de los quemeros. Acaso un costo demasiado alto para el último eslabón de la cadena del mercado.

El 15 de marzo de 2004 a Diego lo sepultaron vivo bajo un alud de basura.

Había ido de noche al CEAMSE con la intención de encontrar algo para vender porque no quería que su hermano Federico fuera a la escuela sin zapatillas. Cuando la policía lo divisó, Diego se escondió debajo de un cartón. Señalado por los uniformados, una de las topadoras descargó todo su contenido sobre él.

A poco de que se cumplan diez años de esa noche, Diego continúa desaparecido. Y, amparados en la teoría de que sin cuerpo no hay delito, el maquinista y los policías

que custodiaban el predio siguen impunes.

Su hermana Alicia logró convertir el dolor en acción. De manera imprevista, mientras buscaba justicia, se fue nutriendo de la militancia social con el único manual que le daba el conocimiento de la calle. Así fundó la Asociación Civil Diego Duarte que además de comedor y merendero hoy brinda clases de apoyo escolar y talleres de fotografía, manualidades y guitarra en el barrio Costa Esperanza.

En su entrada, hay un mural con el rostro de Diego realizado por un artista plástico venezolano. Las imágenes en las paredes son recurrentes; se podría escribir una historia de la violencia policial recorriendo cada uno de los murales que pintan este lado de San Martín. Sobre la pared, también hay flores de colores hechas con botellas plásticas.

-Después de lo que pasó con Diego podría haberme quedado encerrada, llorando, sabiendo que la justicia no estaba de nuestro lado. Pero opté por cambiar esta realidad, sé que hay muchas dificultades en el barrio, pero a través de esto con los vecinos tratamos de resolver algunas cuestiones. Este barrio tiene 15 años de vida y todavía estamos sin presencia del Estado – cuenta Alicia en el centro cultural que lleva el nombre de su hermano. Entrelíneas, la presencia del Estado aparecerá luego en la charla, aunque relacionada únicamente a las prácticas oscuras de su brazo armado.

Un pequeño salón está decorado con los dibujos hechos por los chicos. Contra un rincón un montón de libros se apilan en una estantería de chapa y cuelga una mención de honor que les otorgó el Concejo Deliberante de San Martín.

Alicia tiene ojos pequeños, el pelo negro y lacio le roza el hombro, y habla despacio en una tonada cálida y maternal. Quizás por eso parece que cuando habla de Diego, habla de un hijo. Aunque una brisa fría sopla sobre la terraza del centro cultural, usa unas sandalias que dejan ver las uñas de sus pies pintadas de un violeta fucsia. Entre risas, aclara que la pintó su sobrina y deja en claro su forma de concebir las horas.

-Yo no tengo tiempo para la estética, mientras me pinto las uñas pienso que hay muchos chicos que están pasando hambre.

-Cada uno de los que viene te hace acordar un poco a Diego, ¿no?

-Sí, veo a mi hermano en cada uno. Me encanta estar en el centro cultural porque juego un poco con mi imaginación y por cada abrazo que los pibes me dan, siento a mi hermano. Entonces me encanta estar con él un ratito. A los pibes también les gusta estar conmigo, será porque me siento a tomar con ellos la merienda, a charlar... para ellos es muy significativo compartir.

Desde la Asociación Civil imaginan todo el tiempo nuevas formas de dar a conocer la historia de Diego. Ahora, luego de una venta de rifas y otros eventos para recaudar dinero, organizaron un retorno a sus orígenes en Formosa; un viaje al Pirané que lo vio nacer y crecer. Ya hablaron con la escuela de Diego y con el intendente para llevar a los pibes y pasar una semana allá.

-¿Qué significa volver a Formosa?

-Es como un sueño hecho realidad, allá nadie sabe qué es lo que pasó con Diego. Con este viaje vamos a dejarlo presente y llevarles el libro que en la tapa dice "¿Quién mató a Diego Duarte?" (la obra que la escritora Alicia Dujovne Ortiz publicó en 2010). Fue importante que existiera ese libro. A los responsables de su muerte les jode que se pida justicia y se siga hablando de esto, aunque el caso no tuvo tanta repercusión como el de Axel Blumberg, un chico de ojos celestes que iba a la universidad...Para los medios un futuro era el de Axel, Diego no era un buen futuro para ellos.

Dos días después de la desaparición de Diego, Axel Blumberg fue secuestrado y posteriormente asesinado por sus captores. Su homicidio provocó marchas multitudinarias en nombre de la "seguridad" y pedidos de mayor presencia policial en las calles.

El reclamo por la muerte de Diego no tuvo grandes titulares en los medios tradicionales. Tampoco las marchas en su nombre generaron el impacto de las 150 mil personas frente al Congreso pidiendo leyes de endurecerían el Código Penal. La lucha de Alicia, como su vida, fue por el sendero de los márgenes.

En la entrada del centro cultural, una frase de Paco Urondo resume ese lento caminar:

"Que brille el entendimiento, la justicia y la pasión.

Que lo pague quien lo hizo, también quien lo permitió".

Para limpiar su imagen después de la desaparición de Diego, el CEAMSE impulsó la construcción de ocho plantas sociales de reciclaje, en las que les dio participación a las organizaciones territoriales de la zona para su gestión. Allí se recicla un porcentaje mínimo del total que ingresa cada día al predio, apenas el 2%. El resto se entierra; así se garantiza la continuidad del ciclo perverso de la producción en serie.

-El Estado nos durmió, nos tiró una zanahoria para que nos quedáramos tranquilos. Pero ahora, con nuestras diferencias y las complejidades del caso, empezamos a tener un planteo común de las condiciones de trabajo y el reconocimiento del trabajador- argumenta Lalo Paret.

Los avances en las negociaciones fueron dando algunos frutos. En un acuerdo de 2012 en el que intervino la Universidad Nacional de San Martín, los trabajadores de las plantas sociales lograron convenir con el Estado el precio de la tonelada reciclada. Fue un antes y un después en la gestión social de la basura. Y el rostro de Lalo no disimula la alegría al recordar aquel logro.

Pero no se conforman con eso. Aún hay pendientes otros dos proyectos: una planta de valor agregado y una escuela de cirujas. Sería un centro de formación para que los recicladores sepan cómo transformar el material que recolectan en un producto final. A Lalo y a sus compañeros de las plantas sociales los motiva la certeza de que la basura podría generar la formación de puestos de trabajos calificados.

-Pelemos por generar un sueño colectivo desde la planta. El futuro está signado por el cuidado del ambiente. ¡Y nadie sabe más de cuidado del ambiente que un cirujal!

Corría 2009. Un vecino de Costa Esperanza buscaba lombrices al costado del Reconquista cerca de la garita de los policías que custodia el CEAMSE, cuando notó algo duro entre la tierra. Sólo cuando lo tuvo entre manos comprendió que se trata de un cráneo.

-¿No será de Diego? - se preguntó. Entonces se alejó callado para llevárselo envuelto en una bolsa plástica a Alicia.

Al principio ella le restó importancia, pero con las horas la idea de que esos restos pertenecieran a su hermano le fue lijanado las fibras más íntimas. Durante años había crecido en su interior la ilusión de encontrar algún indicio de Diego. Y ahora allí estaba, frente a sus ojos: apenas una señal de lo que podría ser un hallazgo macabro y a la vez esperanzador.

El descubrimiento inesperado hizo que la causa que estaba archivada volviera a abrirse ese año, aunque recién ahora se realizará el cotejo del ADN del cráneo con una muestra de sangre del padre biológico de Diego. La tarea estará en manos del Equipo Argentino de Antropología Forense, un grupo de científicos formado para investigar los casos de desaparecidos durante la última dictadura. El examen de ADN es la otra razón del viaje a Formosa de Alicia. -La Fiscalía no tiene los medios para ir

a buscar los resultados de Buenos Aires a Formosa, por eso tengo que ir yo como si fuese una comisionista. Estuve cuatro años para acceder a este avance, así que no sé cuánto tardará ahora, pero eso es lo único que permite que la causa de Diego esté abierta. Está claro que mucha voluntad de parte de la justicia no hay- explica.

-¿Cómo fue enterarse de lo que había encontrado tu vecino?

-Me cayó re mal pero acá estoy de nuevo de a pie. A veces pienso cómo nos cuesta todo y qué difícil que es la vida. Ellos juegan con cansarnos, entonces voy a seguir hasta lo último. Si no es de Diego tampoco puede haber un cráneo dando vueltas en el CEAMSE como si nada.

A juzgar por su inacción, la justicia abona la teoría de que a Diego se lo tragó la tierra.

En su indiferencia reflota una frase fantasmal: "No está ni muerto ni vivo, está desaparecido".

La torre de alta tensión que está en el centro del barrio podría dar corriente a toda la zona. Pero no. Sus cables se extienden infinitos más allá de Campo de Mayo, más allá de Suárez. Es la metáfora de lo inalcanzable. Debajo de ella, los vecinos cercaron el espacio para hacer una plazoleta. El Padre Pepe y los internos del Penal 47 de San Martín prometieron hacer los juegos de madera para que allí jueguen los más chicos.

A la vuelta hay una canchita con más tierra que pasto. Allí un par de pibes juegan un veinticinco con el fondo gris del cielo que advierte un aguacero. Iván, de remera azul y pantalón negro, saca un puntinazo rústico y la pelota se pierde entre los yuyos. Es el hijo menor de Alicia, tiene doce y hace días la policía le quiso inventar una causa plantándole un arma.

-Cuando me pasó lo de Iván me quedé muda, no sabía cómo reaccionar. Me llamaron y dijeron que estaba detenido. Lo tenían en un calabozo y le habían pegado. Yo sabía que había una resolución del ministerio de Seguridad que ningún pibe menor de 16 podía estar en comisarías. Entonces empezamos a llamar al comisario. Me ayudó Raquel Witis, del Programa de Lucha contra la Impunidad, desde ahí siempre no están dando una mano.

Las historias de familias rotas por la policía se entrelazan. Raquel es la madre de Mariano Witis, asesinado el 21 de septiembre de 2000, cuando había sido tomado de rehén después de un asalto a un banco. Aún cuando el asaltante -Darío Riquelme, de 16 años- se había rendido, un oficial de la Bonaerense disparó contra los dos.

Ambos murieron víctimas de un doble fusilamiento.

Gracias a su militancia social, Alicia supo forjar las relaciones necesarias para sortear las detenciones arbitrarias. Ya había ayudado a liberar a los hijos de los vecinos; ahora le había tocado a su propio Iván.

-¿Qué pasó con la causa que le armaron?

-Ya la archivaron, pero como lo agarraron junto a un vecinito seguimos con la denuncia. Así hacen con todos los pibes, porque no hay quien los defienda.

Tenemos que tener cuidado con su seguridad, porque ellos salen a la calle y por portación de rostro los meten adentro un tiempo. La policía también hace su negociado con ellos; los utiliza para desarmar autos o los llevan en la patrulla y le dan el arma a ver si se animan a robar.

Todos los días hay un motivo para luchar en la vida de Alicia. Habla en plural porque es consciente de lo que pueden generar los lazos de solidaridad. Por eso, con su dolor a cuestas, también supo abrazar a las familias del Pela y el Gordo después del 3 de febrero de 2011.

-Fuimos a hablar con las familias y participamos de la marcha, en casos así uno tiene que estar. A veces las organizaciones políticas partidarias llevan sus banderas y en realidad hay que estar con las familias, porque es algo terrible lo que les pasó. En definitiva, todos tenemos los mismos problemas con la policía. No es que Costa Esperanza está mejor que Carcova. Tarde o temprano siempre hay mano dura para el pobre.

Alicia se refugia de la incipiente lluvia en el interior del centro que lleva el nombre de su hermano. Ya pasó la hora de la merienda y sólo quedan sillas vacías. En un rato llegarán los padres de los chicos para ultimar detalles de la organización del viaje a Formosa.

Afuera, una fina cortina de agua empapa a los pibes que cruzan en banda las calles. Sorteán a un colectivo 670, pintado de azul y blanco, que esquiva a duras penas unos cráteres imposibles. Entre ellos, Iván levanta los brazos hacia la garúa y ríe.

Desde lejos llega el zumbido de los autos que recorren el Camino del Buen Ayre; parecen juguetes veloces que se pierden bajo la llovizna.

Capítulo VI

EL OFICIO DE LA VIOLENCIA

En el barrio nadie recuerda cómo se llaman los policías procesados por los asesinatos.

En cambio, en las resoluciones del Juzgado de San Martín sus nombres están resaltados con negrita: Gustavo Sebastián Rey está acusado de haber asesinado con disparos de su escopeta Mossberg R674045 a Mauricio Ramos y Franco Almirón. Y Gustavo Ezequiel Vega de haberle disparado con una escopeta Escort -Nro. de Serie 159970- a Joaquín Romero, causándole lesiones graves en la zona del tórax y el abdomen.

Vega, oficial subteniente de la comisaría 2º de Villa Ballester, fue el primero en reconocer que había utilizado balas de plomo para reprimir. Lo hizo casi inmediatamente después de los hechos. Como coartada sostuvo que se había “equivocado” al agarrar los cartuchos.

Su declaración llamó la atención por dos motivos: primero porque es instructor de tiro y, segundo, porque los cartuchos de diferente tipo de munición son de un color claramente distinto. Los rojos son de plomo y los verdes de goma. A menos que se declare daltónico, este argumento cae por su propio peso.

De todos modos, sus colegas de la Bonaerense se encargaron de incriminarlo aún más. A Víctor Hugo Rotolo, compañero de Vega en la seccional de Villa Ballester, la situación le asombró. Declaró que “no daba” para utilizar munición de guerra porque no era un cuerpo a cuerpo, pero más le sorprendió que haya sido Vega “porque es una persona preparada e incluso va a la Universidad”.

Otra declaración policial que lo complica es la de Ignacio Gastón Azario, parte del grupo motorizado perteneciente a la Buenos Aires 2 de San Martín. Azario declaró que en medio del “enfrentamiento” se apostó en un vagón donde estaba presente Vega y notó que “había una gran cantidad de gente que los agredía”. Según sus dichos, eran más de treinta personas.

Y agregó que Vega sacó del bolsillo dos cartuchos rojos, se colocó en posición y disparó “a la altura de la cabeza”. No hay metáfora en sus dichos: su colega tiró a matar. Luego de esos disparos -según Azario- se produjo “un gran silencio” y Vega “se fue caminando sin decir nada”. Ya no había más piedrazos desde la villa.

Verónica Elizabeth Aguilera, perteneciente al grupo motorizado de la Buenos Aires 2, señaló también que “el personal policial disparaba con postas de goma y con postas de plomo”. Lo reconoció por la diferencia del sonido; los disparos de balas de plomo resuenan con más potencia.

¿Qué dijo el otro policía acusado? A diferencia de Vega, Rey negó haber utilizado munición de guerra y según su defensa “no fue reconocido por ningún testigo”.

Sus familiares dicen que es *un perejil*, que se aprovecharon de sus 23 años y su condición de principiante de la Policía Bonaerense 2 (PB2). “Le quieren atribuir la culpa, con poco tiempo en la fuerza lo enredaron y lo quieren hacer cargo de algo que no hizo”. También aseguran que las pericias de planimetría de Gendarmería indican que “no es probable que desde el punto que se colocó Rey se alcance las humanidades de los fallecidos ni la del herido”.

Más allá de estas opiniones, el juez de la causa, Nicolás Schiavo, dispuso la detención de Rey a partir de la rueda de reconocimiento en Carcova en la que fue identificado por vecinos del barrio como uno de los que habían disparado contra los pibes. A partir de esa resolución, la fiscalía a cargo de Marcelo Sendot, de la Unidad Funcional de Instrucción (UFI) 5 de San Martín, solicitó que se le dictara la prisión preventiva como presunto autor de las dos muertes.

Aunque los cargos recayeron en Vega y en Rey, los abogados de las familias de las víctimas afirman que un ataque de estas características no pudo haberse producido sin la coordinación de los jefes policiales presentes en el lugar.

Los policías procesados esperan en prisión preventiva el juicio oral cuyo inicio está anunciado para febrero de 2014, tres años después de los asesinatos.

En el camino, la justicia rechazó la primera hipótesis difundida desde el ministerio de Seguridad de la provincia y divulgada por los medios, que se basó en que el tren había sido descarrilado con troncos para robar su contenido.

Los testimonios de los empleados de TBA, preocupados por desligarse de responsabilidades, sostuvieron esta teoría.

Tomas José Matamalas, coordinador de base de TBA en José León Suárez, fue el que desenganchó la máquina minutos después de ocurrido el descarrilamiento. En su declaración, Matamalas explica que tanto él como el personal policial intentaron ponerse a resguardo apostándose entre dos vagones, “mientras la turba enardecida

trataba de abrir los containers”.

Antes de retirarse, observó también que sobre las vías se encontraban troncos y piedras de grandes dimensiones, “con lo cual presumiblemente se provocó el descarrilamiento”. Aún así, lo que ocurrió luego no es de su interés. Matamalas ni se enteró que había habido personas heridas y, menos aún, dos muertos. Se enorgullecó, en cambio, de que a las 17 el servicio férreo estaba restablecido.

Cristián Alberto Junkers, coordinador general de la División Integrada de Transporte Metropolitano de Nuevo Central Argentino S.A, consideró que “el descarrilamiento se produjo a través de elementos arrojados al paso de la formación, tales como troncos”.

Junkers no vio los troncos, ni nada parecido: nomás se basó en “su experiencia de más de 20 años” para declarar. “Los troncos fueron arrojados por terceros hacia la formación en movimiento, luego de que pasara la locomotora, a mitad de tren”, sentenció.

Los troncos fueron la pesadilla de los empleados de TBA. A Claudio Armando Romano, supervisor del depósito de trenes de José León Suárez, también lo desvelaron. “No es la primera vez que suceden estos hechos, el año anterior se robaron un tren que transportaba azúcar e incluso uno de pasajeros, haciéndolo descarrilar poniendo troncos en las vías”, declaró ante el fiscal de la causa.

Los ferroviarios no fueron los únicos que sostuvieron esa idea. La hipótesis del descarrilamiento con intención de robo fue avalada –y ampliada con ribetes de western– por el gobierno nacional en mayo de 2012.

En el decreto 793/2012 el Ejecutivo nacional rescindió la concesión de los servicios ferroviarios a TBA. En sus fundamentos, argumentó que el 3 de febrero de 2011 “ocurrió el descarrilamiento de un tren de carga en la localidad de José León Suarez por actos delictivos, en inmediaciones de la Villa La Cárcova, donde se produjeron incidentes fatales muriendo dos adolescentes dentro de las formaciones cuando los delincuentes abordaron al maquinista luego de detener la formación con fines de robo”.

En dicho decreto, el gobierno nacional siguió al pie de la letra la versión de la Bonaerense. El Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), representante de las familias de las víctimas, solicitó una rectificación. Aún no tuvo respuesta.

Recién en mayo de 2013 quedaron desmentidas estas ficciones. Sucedió cuando la Cámara de Apelaciones de San Martín confirmó que el descarrilamiento no había

sido provocado para robar la carga. En el fallo, los camaristas desecharon la existencia del “descarrilamiento doloso y saqueo posterior”.

El abogado de las familias de Mauricio y Joaquín, Juan Carlos García Dietze, valora la importancia de esta resolución: “El argumento que se había dado para el actuar represivo tan violento era precisamente que había sido provocado el descarrilamiento. Si vos sacas ese argumento, la violencia que viene después no la puedes explicar con nada”.

Todos los indicios concluyeron en que el mal estado de las vías terminó produciendo el descarrilamiento. No hubo ni troncos, ni palos, ni pistoleros en búsqueda del botín. Ante el estado calamitoso del transporte, persiste el sarcasmo de una advertencia escrita en un tren que lleva a Suárez:

“¿Mil formas distintas de morir? ¡Tomate mil días el Mitre!”

El Poder Judicial deberá expedirse también sobre la teoría de que los policías actuaron en “legítima defensa”. Se escudan en que el acta sostiene que hubo disparos de armas de fuego desde adentro del barrio.

Allí se argumenta que un “grupo de personas hostiles no hicieron más que agredir con armas de fuego y todo tipo de elementos contundentes a los efectivos policiales, con el objetivo de cubrir una actividad totalmente organizada con el fin de sustraer los elementos transportados en los containers”.

Amparado en el anonimato, un/a testigo de identidad reservada declaró que “pudo ver gente que anda en cosas raras, que se dedican a vender drogas y que se creen los dueños del barrio, efectuando disparos de arma de fuego contra la policía”.

Relató además que la policía “comenzó a contestar el fuego con armas y balas de verdad”. Ante este panorama, el -o la- testigo se encerró con su familia “hasta que la guerra cesó, que habrá durado quince minutos”.

Alguna de las secuencias las registró con su celular. Entre los varios videos captados con su teléfono, el Juzgado de Garantías N° 5 de San Martín observó fundamentalmente lo siguiente:

Video 1: “Se escucha la voz de una mujer que dice `adentro todo el mundo` y se escuchan detonaciones de armas de fuego. Se escucha la voz de una femenina que dice `están tirando al cuerpo`, a la parte que se observa un sujeto de remera celeste

y jean disparando un arma de fuego, desde la calle lateral hasta donde está la formación, otro individuo de remera blanca recoge las vainas”.

Video 2: “Se advierte gran cantidad de personas arrojando piedras y diversos ruidos compatibles con una importante cantidad de detonaciones de armas y una voz femenina que pregunta ‘vienen por abajo, ¿no?’”

Video 3: “Se ve un sujeto en cuero que realiza ademanes compatibles con estar accionando un arma de fuego mientras que otro se arrodilla recogiendo vainas servidas”.

Los abogados querellantes le restaron relevancia a esta prueba. Para García Dietze el video no tiene ningún asidero, ya que en el lugar donde fusilan a los pibes “quedó acreditado que no había nadie que disparara” desde adentro de la villa. “No hubo una situación de legítima defensa porque no hubo nunca una agresión que motivara una respuesta del tipo que estamos hablando”, resume.

Sobre el video, Federico Efrón, quien interviene en el caso en nombre del CELS a favor de las familias de las víctimas, asegura que “está probado que hay una hora de diferencia entre los disparos de bala que efectivamente ocurrieron –efectuados supuestamente por la banda de Andresito– y la muerte de los chicos. Para sostener un enfrentamiento durante una hora tendrían que tener un arsenal”.

Otro dato que desmiente Efrón es que los uniformados se ubicaran detrás de la línea de vagones. “Por una cuestión de distancia de los disparos, no hay ninguna duda de que estaban adelante, lo que no sólo pone en evidencia que mintieron en cuanto a su ubicación sino que pone en discusión el supuesto enfrentamiento. Si los tipos estaban delante de los vagones realmente no había tanto de qué protegerse”.

Su argumento se sostiene con el estudio realizado por Gendarmería, a pedido de la Fiscalía, que refuta que los disparos hayan sido efectuados atrás del tren. En tanto, los abogados impulsaron una causa por falso testimonio contra los policías. En esa acusación también se incluyó el disfraz del acta policial escrita el 3 de febrero.

“Lo que hicieron los policías fue ocuparse de redactar un acta funcional a la versión que les servía. Cuando imputamos el falso testimonio, imputamos la falsedad ideológica del acta. En todos los casos de violencia institucional vas a encontrar la teoría del enfrentamiento. La primera versión es siempre una construcción de la policía”, explica el joven abogado del CELS.

Además hay una segunda parte de la causa, un desprendimiento de la principal, enfocada en la responsabilidad penal de lo que ocurrió. En ese expediente, más ambicioso y por lo tanto más lento, se busca la imputación de los jefes policiales y

otros tres policías que estaban en el descarrilamiento.

Efrón explica que la intención es reunir más pruebas para imputar a los altos mandos y a los que dispararon con la pistola lanzagases. "El que disparó fue porque hubo un comisario que le dio la orden", resalta.

De avanzar esta causa el subcomisario Carlos Silva, por ejemplo, se vería obligado a explicar por qué los uniformados dispararon a mansalva contra pibes indefensos. Y el más comprometido sería el comisario Víctor Uhalde, máximo responsable de la comisaría 4º de José León Suárez.

La historia del terror a veces es circular. Y no sería la primera vez que Uhalde, alias "Patito" –por aquello de que `a cada paso una cagada`-, se enfrente a los tribunales.

Cuando tenía 27 años, fue condenado por apremios ilegales agravados; la denominación con la que la familia judicial alivia -y así ampara- a la tortura policial. En `93 lo sentenció de ese modo la Sala II de la Cámara de Apelación en lo Criminal y Correccional del Departamento Judicial de Lomas de Zamora; y en el 2000 volvió a reafirmar la Corte Suprema bonaerense al rechazar la apelación. "Patito" habría querido vengar la muerte de su padre, Rogelio Uhalde -también policía, asesinado en Villa Obrera de Lanús- utilizando métodos de la dictadura.

Sus conocimientos en el atroz oficio de la violencia bien podrían ser herencia de familia. En los años de plomo, su padre formó parte de la Brigada de Investigaciones de La Plata -ubicada en 55 entre 13 y 14- que "cumplió un papel clave durante la etapa de terrorismo de Estado como Centro Clandestino de Detención", según los documentos de la agrupación HIJOS.

Su hermano mayor, Alberto, también se hizo policía y a su rol como uniformado le sumó un detalle adicional al recibirse de abogado. Siempre en sintonía con las buenas causas, Alberto fue defensor del comisario Darío Alfredo Inchausti, imputado por la desaparición de Nora Formiga, Elena Arce Sahores y Margarita Delgado ocurrida en el `78, cuando era oficial de la Seccional 8º de La Plata - avenida 7 y 74-, parte del denominado "Circuito Camps".

En su doble rol de abogado y policía, Alberto también defendió en el `97 a 15 uniformados de la Bonaerense acusados de estar involucrados en la muerte del poeta Sergio Schiavini, quien recibió un balazo en la cabeza en medio de un tiroteo.

En un panorama judicial adverso, "Patito" sabe que puede contar con la experiencia

de su hermano, acostumbrado a defender a policías y presuntos represores en aprietos.

La condena por apremios ilegales no le impidió a Uhalde llegar al máximo escalafón dentro de la estructura policial.

Su carrera meteórica comenzó en el 2003, cuando fue ascendido a subcomisario por Juan Pablo Cafiero, entonces ministro de Seguridad de la provincia. Con una velocidad inusitada, al año siguiente llegó a ser comisario de la 1º de Berazategui y, después, de la 3º de Florencio Varela. Y luego terminó desembarcando al frente de la 4º de José León Suárez.

Claro que una carrera de estas características no se realiza sin la protección de algún poderoso, rol que en este caso cumplió el por entonces jefe de la Departamental San Martín, Mario Edmundo Briceño.

El nombre de Briceño y su relación con la historia de la represión en Carcova salió a la luz en mayo de 2011, cinco meses después del asesinato del Pela y el Gordo. En esa ocasión, Vega -ya imputado como presunto autor de los disparos- pidió volver a declarar ante el juez Schiavo. Entonces jugó una carta inesperada: declaró que la misma noche del 3 de febrero había sido presionado por altos jefes de la Bonaerense para que se auto-incriminara como autor de los disparos.

Apuntó principalmente contra Briceño, quien le habría dicho que “necesitaba un cadáver para arrojárselo a los cuervos de los medios”. El jefe de la DDI de San Martín también le prometía su apoyo, el respaldo de los abogados de la policía y, fundamentalmente, impunidad: sólo se le labrarían actuaciones administrativas que quedarían olvidadas en algún oscuro cajón de Asuntos Internos.

Briceño es un personaje clave en el intrincado mundo policial –y delincencial- del partido de San Martín. A pesar de la represión en Carcova, su poder continuó creciendo en la interna bonaerense y, en un incomprensible premio del ministerio, fue ascendido a Jefe Departamental de San Martín meses después, mediante la resolución 2658 que lleva la firma de Casal.

Su carrera comenzaría a declinar mientras se iba develando la oscura trama del caso Candela, una niña que fue secuestrada y luego hallada muerta en agosto de 2011. Briceño fue el encargado de llevar adelante un mega-operativo de rastrillaje en el barrio de Costa Esperanza. Según un documento del CELS, mientras se realizaba la ocupación, los agentes de policía les aclaraban a los vecinos “que se quedaran tranquilos, que esto era solamente un circo montado para la prensa”.

Cuestionado también por su presunta relación con narcos de la zona, la Comisión Especial de Acompañamiento para el Esclarecimiento del Crimen de Candela Sol Rodríguez que funcionó en el Senado bonaerense durante 2012, pidió “su separación del cargo y que se le inicien Investigaciones sumarias”. Este pedido tardó en ser escuchado desde la cartera de Seguridad provincial.

Su ocaso llegó días después de que se cumpliera el primer aniversario del asesinato de Franco y Mauricio. “No es posible que todavía tengamos el mismo Jefe Departamental”, se había quejado el vicegobernador Gabriel Mariotto en la manifestación del 3 de febrero. Para evitar ser señalado por los medios, el gobernador Daniel Scioli terminó cediendo en el pedido y, por intermedio de Casal, Briceño fue pasado a retiro. Eso no implica que haya perdido contacto con el turbio submundo de los entramados policiales.

Pese a que desde el ministerio de Seguridad de la provincia se agitó en un primer momento la presunción del robo del tren estilo western, la confesión de Vega -quien reconoció haber utilizado postas de plomo- dejó en orsai al ministro Casal.

Tanto es así que el titular de la cartera bonaerense debió adoptar medidas que contradecían su discurso. No sólo desafectó a Vega, sino que también ordenó la intervención de la Comisaría 4º de Suárez y puso a disposición del fiscal Sendot a otros 15 efectivos policiales.

Los cambios no cesaron ahí. Dos semanas después, se determinó el relevamiento de toda la cúpula de la Bonaerense y fueron pasados a retiro 15 jefes policiales. El único que sobrevivió a la purga fue el máximo jefe de la fuerza, Juan Carlos Paggi. No obstante, desde Gobernación se negó que estos cambios tuvieran que ver con la represión en villa La Cárcova y adujeron que se trataba de “medidas de rutina”.

En la interna del oficialismo, el caso de Carcova fue denunciado por dirigentes políticos afines al Movimiento Evita. El asesinato de los pibes caló hondo en una de las agrupaciones más jóvenes del kirchnerismo. Uno de sus máximos referentes, Leonardo Grosso, actual diputado nacional del FPV, realizaba trabajo social en el barrio y fue el primero del arco político en acercarse a las familias de las víctimas.

En la marcha realizada horas después de la represión, Grosso denunciaba ante la revista Veintitrés que “la Bonaerense y la 4º de León Suárez tienen connivencia con los transas de droga, los desarmaderos y los prostíbulos de la zona. Todos los vecinos y nosotros vemos cómo los policías pasan por la puerta de las casas de los transas y cobran el peaje”.

Otros ejemplos dejaban ver la cercanía de los militantes del Evita con la villa. Es el caso de Sofía Gorosito, una joven conocida por todos los vecinos, quien estaba de vacaciones en la costa cuando se enteró que habían muerto el Pela y el Gordo en la represión. Se tomó el primer colectivo para estar al otro día acompañando a la gente de Carcova y convocando a la manifestación contra la policía.

Desde el Evita también se generó el vínculo de las familias con la representación jurídica del CELS y se organizaron las marchas de cada 3 de febrero. A este impulso se acoplaron las otras patas del conglomerado de "Unidos y Organizados" y el vicegobernador Gabriel Mariotto, quienes cuestionaron la "responsabilidad política" de Casal en la represión.

El caso se convirtió en otro capítulo de la tristemente célebre "violencia institucional" y Mauricio y Franco pasaron a engrosar el fatídico número de víctimas de gatillo fácil. Según el último informe anual de la Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (CORREPI), en 2011 se registraron 293 casos de gatillo fácil y tortura en todo el país, de los cuales el 45% provino de la provincia de Buenos Aires.

CORREPI consigna que las dos modalidades más frecuentes fueron los fusilamientos, que representan un 46% del total de los casos, y las muertes de personas detenidas que alcanza un 39%. Es llamativo además que casi el 50% de los casos de muertos por esta represión son menores de 25 años.

María del Carmén Verdú, integrante de CORREPI, afirma que el gatillo fácil junto con otras herramientas como las detenciones normadas –averiguación de antecedentes, código de faltas o contravenciones- y las no normadas –las razias- son un conjunto de formas de las que disponen los distintos aparatos de seguridad para "implementar el control y el disciplinamiento social".

"El gatillo fácil es una herramienta para que el pobre aprenda a agachar el lomo y soportar el estado de las cosas y ni se le ocurra pretender cambiarlas. Ese es el objetivo. Y eso vale para el que cartonea acá en Capital con un uniforme que le da el Gobierno de la Ciudad que dice `recuperador urbano` o para el pibe que cirujea en el CEAMSE", explica Verdú.

No sólo la policía es responsable de sembrar el pánico entre los pibes de las barriadas populares. Por decisión presidencial, en los últimos tiempos se agregaron dos fuerzas de seguridad lejanas a la realidad de las villas: Gendarmería y Prefectura, las cuales se empezaron a ver con más frecuencia en el ejercicio del patrullaje diario.

Si antes para cruzarse a un gendarme había que ir a la frontera y para ver a un prefecto había que navegar el río, hoy son parte de la postal cotidiana de la Avenida 9 de Julio, del Camino Negro de Ingeniero Budge o de las villas del Conurbano. Una realidad que se palpa en el Área Metropolitana pero que se extiende a todo el país y que creció después de la derrota del Frente para la Victoria en las elecciones primarias de 2013, cuando el gobierno lanzó un refuerzo del llamado “Operativo Centinela” con más de cinco mil efectivos de Gendarmería que se desplegaron en el territorio bonaerense para “la prevención y conjuración del delito”.

“No solamente intervienen en represión a movilizaciones como históricamente han hecho, sino directamente en el control territorial, en la militarización de los barrios. La primera consecuencia es que empiezan a multiplicarse los casos de gatillo fácil en los que interviene personal de Gendarmería y empiezan a multiplicarse las denuncias de detenciones arbitrarias, torturas y muerte contra Gendarmería”, considera Verdú.

Los gendarmes actúan en un complejo marco de complicidad y disputa. Al no poder llevar detenidos a sus dependencias los alojan en comisarías, sin dejar rastros ni registros del origen de la detención. La mayoría de las veces esto viene acompañado de violencia física contra el detenido durante el traslado. Aunque hay un pacto intrínseco de silencio, la convivencia con la policía no es amistosa. Según Verdú, otra consecuencia del crecimiento de Gendarmería en los barrios “es la competencia con otras fuerzas en relación a los grandes negocios”.

La abogada de CORREPI resalta además el caso más representativo de la práctica cotidiana de Gendarmería en el gran Gran Buenos Aires: “Desde que se les entregó el control de los corredores ferroviarios utilizan el famoso cuartito en cualquier estación de tren -el que usan para cambiarse la ropa los vigiladores privados- y allí cagan a palos a los pibes o los seleccionan como los chivos expiatorios para armar causas para mejorar sus estadísticas. Esto es una práctica que ha sido común en la policía que ahora se extendió a Gendarmería”.

A Joaquín Romero, el fusilado que vive de los pibes de Carcova, le tocó sufrir en carne propia esta metodología implementada por los gendarmes. Fue un domingo de mediados de 2012. Lo “engancharon” sin documentos cuando volvía de Suárez y lo llevaron por “averiguación de antecedentes”.

En la entrada de un oscuro galpón del Mitre, cerca de una garita de los trabajadores de TBA, estuvo ocho horas detenido. En un momento, los gendarmes le sacaron el buzo y la campera que llevaba puesta. “Nos tomaron los datos. Había otros tres pi-

bes, uno tenía porro. Y viene un gendarme y yo sabía que me querían pegar, buscaban la reacción para pegarme. Y me decían: ¿Vos porqué no andas con documentos? ¿Sos el más buscado? ¿Tenés antecedentes que no andás con el documento?”, recuerda Joaquín.

Lo que ocurrió luego fue una escena digna de los años más negros de la historia reciente. “Nos esposaron alrededor de un árbol, nos sacaron las zapatillas y hacía un re frío. Después me taparon la cara con la campera, como si hubiera robado algo. Son re fantasmas”, rememoró uno de los sobrevivientes de los fusilamientos de Carcova. “¿Estás bien así? ¿Tenes frío?, me preguntaban. Yo estaba cagado de frío. Pero no podía decir nada”.

Sometido al mismo interrogatorio, uno de los pibes que estaba esposado a su lado no se aguantó y les respondió: “Sí, tengo frío, me estoy cagando de frío”. Con una sonrisa, el gendarme a cargo del amedrentamiento pegó un grito: “Muchachos, ¿este tiene frío!”.

“Entonces vinieron todos y le empezaron a dar patadas, piñas, todo. Y yo tenía un agujerito en la campera. Y miraba y eran una banda y venían y le pegaban, solamente porque les dijo que tenía frío. Ese tampoco tenía documentos. Y eso me querían hacer a mí. Eran como quince y solamente tres no le pegaron”, cuenta Joaquín.

El desenlace de esa noche fue digno de un deja vú del horror. Joaquín estuvo en ese galpón desde las doce hasta las ocho de la mañana y después fue llevado a la Comisaría 4º; la misma que custodia el CEAMSE, la misma que impartió la represión del 3 de febrero, la misma donde estalló la ira de los vecinos.

-En la Comisaría 4º son re bardo. Para soltarte te piden plata. De entrada te dicen, `bueno, junten plata y después vemos si los soltamos`. Son así, si tenes 100 pesos se los das y te dejan ir- resume Joaquín.

-¿Y qué hiciste? ¿Les diste plata?

- Apenas tenía 10 pesos en la billetera. Y yo les decía `voy a la quema` y me respondían: `Ya sabemos que vas, pero esto es así, nene. Una mano lava la otra, así que entre las pertenencias tenés que tener algo`. Después apareció mi vieja, que me había estado buscando por todos lados. Y ella, digamos, estaba vestida media ciruja. Ahí me soltaron porque se dieron cuenta que posta no teníamos ni un peso - explica el sobreviviente de las balas policiales.

Lo que le ocurrió a Joaquín esa noche le continúa sucediendo a cualquier joven de las barriadas del Conurbano. Cambian los rostros y los escenarios, pero no se

modifica el siniestro círculo de la violencia institucional. El fusilamiento del Pela y el Gordo también ocurre cada vez que las fuerzas de seguridad disparan contra pibes y pibas pobres en Baradero, Zavaleta o La Plata.

Más vigente que nunca, el artículo "La secta del gatillo" escrito en el '69 podría escribirse hoy. Allí Rodolfo Walsh denunció "los métodos que utiliza una jauría de hombres degenerados, un hampa de uniforme, una delincuencia organizada que actúa en nombre de la ley".

A fin de cuentas, en algo tenía razón Casal. Es verdad aquello de que hay "una banda organizada" que "atenta contra la vida de los vecinos". Una banda dispuesta a borrar a los más débiles con el ritual de la violencia diaria o la impunidad del plomo.

Epílogo

LA HISTORIA MALDITA

*“Y los pedacitos rotos del sueño / ¿se juntarán alguna vez?
¿se juntarán algún día / pedacitos?
¿están diciendo que los enganchemos al tejido del sueño general?
¿están diciendo que soñemos mejor?”*

Juan Gelman, Nota XII

Cada 3 de febrero-siempre soleado, siempre ardiente- las familias de los pibes fusilados de Carcova encabezan la marcha para reclamar justicia. Al frente, María Elena, Belquis y Toti se unen en un mismo llanto detrás de una bandera con la consigna “Ni un pibe menos”. Aunque luego no crucen palabra alguna, sólo ellas se entienden en ese dolor.

El ritual de la despedida repite cada verano las mismas imágenes. Ahora es 2013 y se cumplen dos años de los asesinatos. El calor pega la ropa al cuerpo y la canchita del comedor está vacía. Los pibes en cuero se unen a la marcha a pie o en bici. Así lo hacen también algunas madres que llevan a sus bebés en carritos. Mezclada entre la multitud, Analía camina despacio, sobre el pecho tiene la cara de su sobrino estampada en una remera negra.

El barrio reproduce las imágenes del Pela y el Gordo en cartulinas blancas, témperas de colores y corazones de fantasía, llevadas en manos de chicos que corretean en ojotas y musculosas.

Acompañado por la bulla de los redoblantes murgueros, el recorrido comienza en la Plaza de los Trabajadores de Suárez y se detiene en sus casas. El máximo silencio se genera al llegar a las vías del tren, donde el vidrio del monolito refleja los rostros de los presentes. Un sauce crece al lado de las chapas agujereadas por los disparos. El lomo de tierra ahora es camposanto: ya no hay policías, ni olor a gases lacrimógenos; sólo queda el recuerdo de los pibes en las fotos, las velas y las flores.

Después la marcha llega a la canchita del barrio, lindera a un enorme mural con alambre de púas que la separa de una cementera. Allí se concentran los militantes del Movimiento Evita, quienes realizan jornadas solidarias en el barrio, y otros dirigentes de Unidos y Organizados. Sobre un escenario Doris, tía de Joaquín, lee una carta dirigida a Casal que concluye: “ningún pibe nace chorro”.

Debajo del mismo, Joaquín carga en sus brazos a Tiziano; sus pocos pelos forman una mini cresta, lleva unas gafas de sol y una camiseta de Chacarita. Entonces cuenta sus planes para las vacaciones: imagina un viaje a Capital con Karen, quizás una recorrida por el zoológico para que su hijo conozca los animales. Aún estando a 45 minutos de distancia en tren, la jungla de hormigón queda a años luz de Carcova.

Joaco podría estar sobre el escenario, contándole a la multitud y a los medios todo lo que significa ser un fusilado que vive, un quemero que la pelea día a día. Pero él prefiere no exponerse. A pocos pasos, escucha a un alto funcionario que promete luchar contra la violencia institucional rodeado de periodistas, cámaras y preguntas. Ignora quién es ese señor de camisa y jean que habla frente a los micrófonos. El funcionario tampoco sabe que ese pibe que lo mira con un bebe en brazos es el único sobreviviente de la más violenta represión que vivió el barrio.

Después toca una banda de cumbia y el sol comienza a caer con su luz anaranjada sobre las pancartas, las banderas y las orillas del Reconquista. Mañana, a esa misma hora, los pibes emprenderán el regreso con las bicis cargadas de la “mercadería” conseguida en el CEAMSE. Y nada habrá cambiado para ellos.

El acto representa apenas una página en la compleja historia de los quemeros asesinados. Una trama donde confluye la marginación de quienes sobreviven de las sobras que desechan las ciudades y las fábricas, las miserias de la Bonaerense y el silencio de los medios.

En los casi tres años que transcurrieron desde el fusilamiento, el barrio experimentó algunos ínfimos cambios en su fachada, como el asfaltado de la Avenida Central y la evolución del cemento en algunas de sus viviendas. Estos pequeños pasos conviven con las casillas de madera y chapa que bordean el Reconquista, el segundo río más contaminado del país después del Riachuelo.

En ese lapso, también arribó a la villa el padre José María “Pepe” Di Paola, un cura villero que planteó la necesidad de trabajar en Carcova para combatir la droga y la pobreza “con la palabra de Dios”. Como él, muchas personas llegan al barrio motivados por la idea arltiana de que “el futuro será nuestro por prepotencia de trabajo”.

Otros, interesados en los resultados de las urnas, copan las esquinas del barrio con mesas de gaseosas y afiches proselitistas en la clásica ficción que aparece a pocos días de las próximas elecciones. Los tiempos de campaña son además el momento sensible en que renace el discurso de “mayor seguridad”, anclado en la baja de la edad de imputabilidad y el incremento de las fuerzas policiales en las calles. En esa arenga la única seguridad que importa es la de la propiedad privada.

Lo que no cambia –ni siquiera es parte de la discusión- es el enorme circuito naturalizado que se repite con la fuerza de una trompada en la cara. El CEAMSE sigue recibiendo día a día a miles de personas a las cinco de la tarde; la policía –y ahora también Gendarmería- continúa deteniendo y hostigando sin motivo a los pibes y pibas en las villas y asentamientos de la zona. Es como si José León Suárez no se pudiera despegar de su historia maldita; una historia de inocentes liquidados por la espalda, policías asesinos y basurales de comida que crecen al mismo ritmo que el hambre.

Los casos se repiten a la luz del día. En septiembre de 2013, mientras Cárcova recibía la noticia del juicio oral por los fusilamientos, a unas pocas cuadras murió Ivonne Alejandra Eloy, una niña asesinada en la puerta de su casa de Barrio Independencia en medio de los disparos entre presuntos transas. Para los medios la muerte de Ivonne no fue noticia. Y la Comisaría 4º tampoco hizo nada para evitarlo y menos para detener a los culpables.

El próximo aniversario de los asesinatos el reclamo será aún más fuerte. El caminar vendrá acompañado de la certeza de que un atisbo de justicia se avecina. Entonces volverán a aparecer las caras de los policías acusados; ya no tendrán vagones descarrilados donde esconderse. Se escuchará más enérgico el grito de “¡Presente!” cada vez que se nombre a Mauricio Ramos y a Franco Almirón. Y alguien recordará uno de los últimos pedidos de Juana, la abuela del Pela, de frente arrugada bajo el pelo blanco atado en una cola de caballo: “Nosotros queremos que los pibes vivan libres. No que ellos vengan a matarlos, a pegarles cuando quieran. Y que la justicia haga el trabajo que tiene que hacer: cuidarlos”.

Agradecimientos

A las familias del Pela y el Gordo, a Joaquín, Tato y Alicia, protagonistas de esta historia.

A Dani Badenes, por sus invaluable aportes.

A Sofi Gorosito, por quien conocí el barrio.

A Ro, compañera en el departamento que fue redacción y abrazo.

A mi vieja, por el cariño con que leerá estas páginas.

Al colectivo de tesistas -Juli, Lu, Carla, Flor y Karina- cuyas lecturas nocturnas dieron forma a este libro.

A Macu por el diseño, y a Leandro de Página 12 por compartir sus fotografías.

A mis compañeros de laburo, Lore y Mati, por el aguante de siempre.